

## MISCELANEA

### *DON GONZALO MANSO DE ZUÑIGA Y CHURRUCA (1902-1982)*

Sírvanos a todos esta ocasión para afirmar nuestra firme voluntad, que es una de las supremas potencias del alma que nos mueve en los actos, para guardar en nuestro recuerdo la eterna gratitud para don Gonzalo Manso de Zúñiga y Churruca (q.e.p.d.), que en vida fue el medio o arbitrio que tantas veces dirigió nuestro quehacer con su ilustración y guía que cautivó la solidaridad de los sueños del interesado.

Al ocurrir su fallecimiento en San Sebastián, el 14 de enero de 1982, estaba jubilado de su cargo de director del Museo Municipal de San Telmo, en el que ingresó el año de 1950, después de una breve permanencia como vocal de su Junta de Patronato, en la que destacaron todas las virtudes de la nobleza, logrando el inicio de la que más tarde sería la excelente Sección de Arqueología de San Telmo.

Había nacido en Haro (la Rioja) el 25 de septiembre de 1902, siendo hijo de don Víctor Manso de Zúñiga y Enrile, que dirigía allí la Estación Etnológica como ingeniero agrónomo. Su madre, a la que como hijo respetuoso tuvo un verdadero culto, fue doña Carmen Churruca y Murga, y los abuelos paternos y maternos provenían de Lequeitio, Pamplona, Motrico y Marquina, respectivamente, en cuyos lugares, por su abolengo, figuraron entre los más notables de la localidad.

Educado en un hogar de ambiente cristiano, hizo la enseñanza primaria y luego el bachillerato en el Colegio de los SS. Corazones de Miranda de Ebro, examinándose en el Instituto de Logroño. A continuación la familia trasladaría su residencia a la ciudad de Vitoria.

Empujado al estudio de una carrera, de 1918 a 1921 realizó los cursos de Arquitectura, recibiendo a la vez clases de dibujo y pintura de don Enrique Simonet Castro (1898-1978), arquitecto y pintor, Miembro de la Academia de Bellas Artes de San Telmo, de Málaga. De 1921 a 1928 estudió Derecho en las Universidades de Valladolid y Madrid, y, al concluir dicha carrera, ejerció varios meses en el despacho de don José María Paternina, en San Sebastián, donde residía su familia materna.



Durante el verano de todos esos años, por inclinación natural, se dedicó con intensidad a los estudios de etnografía y folklore, recorriendo con el Padre José Antonio Donostia (nombre en religión de José Gonzalo de Zulaica Arregui) (1886-1956) y don Antonio de Orueta y Rivero (1900-1977), cofundadores del grupo de danzas «Saski-Naski», diversos pueblos de Guipúzcoa, Navarra y de la zona vasco-francesa, en busca de melodías, danzas olvidadas e indumentaria de éstas.

El buen juicio y la comprensión del P. Donostia obligó a Manso de Zúñiga a realizar una veintena de dibujos que en 1932 mandó publicar en litografía. Con este propósito estudió en Vitoria el arte de la litografía y realizó esos veinte dibujos impresos en tirada especial en un taller de Rentería, que pronto fue agotada. Tiempo después no pudo lanzar la segunda edición, por la mala fortuna de que poco antes de hacerlo una inundación registrada en la citada villa se llevó las planchas.

La obra en cuestión fue comentada y elogiada por el propio P. Donostia en un periódico local, y en la actualidad se muestra en el Catálogo de Grabados de la Diputación Foral de Vizcaya, en el Musée Basque, de Bayona, y en el de San Telmo, de San Sebastián, y en el Parador de Turismo de la Diputación alavesa.

Su propensión pictórica le llevó a tener una gran amistad con el pintor alavés Fernando de Amárica (1866-1956), con el que extendió sus conocimientos en esta parte importantísima del arte, y otros para consagrarse por entero a sus aficiones. Con ese maestro se incubaron las verdaderas enseñanzas de Manso de Zúñiga que le capacitaban para el desarrollo posterior de su noble misión artística, y que, finalmente, formarían lo esencial de su carácter.

El ilustre pintor Fernando de Amárica, por no haber querido en vida vender sus cuadros, sólo tiene obras en un Museo de París, en el de Arte Moderno de Madrid, en la colección de la duquesa de Alba y en el Museo de su legado en Vitoria.

El afecto desprendido que les unía, motivó que el maestro alavés hiciese donación, primero, de cuatro obras, y más tarde, un lote de cinco grandes paisajes para el Museo Municipal de San Telmo, donde se hallan expuestos en una sala junto con los de Darío de Regoyos y Valdés (1857-1913) y de Aureliano de Beruete (1846-1922), dos grandes maestros sobresalientes en el paisaje.

Felices consecuencias para su persona tuvo también la amistad con el pintor donostiarra Jesús Olasagasti Irigoyen (1907-1955), que le hizo y regaló un retrato. En numerosas ocasiones abordaron no sólo temas de su



especialidad, sino otros que descubrían la gran cultura filosófica y los conocimientos enciclopédicos de Olasagasti.

Análoga reciprocidad mantuvo con el pintor alavés Carlos Sáenz de Tejada (1897-1958), del que poseyó dos retratos y varios dibujos y con el cual, así como con distintas personalidades de la Rioja alavesa, formaron la Sociedad de «Amigos de Laguardia» y al amparo de ella un museo local, todavía subsistente, en el que figura recogido todo lo concerniente a las notabilidades e historia de dicha villa y sus aledaños.

Merece asimismo recordarse el afecto personal, fortalecido con el trato, que le unió al pintor vasco-valenciano José González de la Peña, Barón de Forná, con obras principales en la Alcaldía de Anglet —donde murió en 1961— y en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Merced al mismo, consiguió que le retratase y que donase al Museo de San Telmo, tres cuadros y dos bocetos.

Levado de su amor por la Historia, sobre todo en el campo de nuestra fisonomía espiritual, trató asiduamente con Pío Baroja y Nessi (1872-1956), manteniendo a la vez una larga correspondencia, de la que llegó a conservar siete cartas, demostrativas del modo de ser peculiar y privativo del escritor y admirable conversador donostiarra, en cuya compañía realizó varias excursiones por la Rioja y Alava, que luego el gran novelista reflejó con agudísimo ingenio en diversas de sus obras y, particularmente, en «El Cura de Monleón», publicada en la primavera de 1936, y en la que la narrativa va más allá de su ímpetu científico. Y huelga recordar que Baroja, como escritor de rica sensibilidad, que tan íntimas y expresivas descripciones ha dado de nuestro país, su nombre en la literatura había de adquirir la mayor consideración y el más alto prestigio universal.

Al ocurrir la Guerra Civil, en la juventud, sirvió dentro del Bando Nacional, en la marina, en los días difíciles y ásperos, durante los que probó su temple, afrontando la peligrosa aventura de la guerra con el ánimo y la idea del principio que generó la contienda. Pasó la pugna como un hombre manso, que no tuvo contratiempo dramático ni apenas necesidades. Poco amigo de cosas quiméricas, dejó las armas y volvió resuelto y activo.

De esta manera se encaminó al instante a los afanes artísticos y a los planes que había dejado en marcha en julio de 1936, con el montaje en San Sebastián en 1942 de un pequeño taller de decoración, en el que, con frecuencia, se reproducían motivos locales.

Faceta gien acusada de su carácter fue esa ocupación, y ninguna tarea de gusto más conforme para expandir su espíritu. Así, por encargo del pintor y maestro Ignacio Zuloaga Zabaleta (1870-1945), hizo una placa de



cerámica blanca pintada y cocida conteniendo los facsímiles de las firmas de todos los que dedicaron un homenaje a la memoria del pintor Pablo Uranga y Díaz de Arcaya (1861-1934). Ningún pedido más grato para él como la ejecución de esta placa que se colocó en una fachada en la villa de Elgueta.

Con don Pablo de Churrua y Dotres, marqués de Aycinena; don Joaquín Mendizábal y Cortázar, conde de Peñaflovida; don Fernando y don Alvaro del Valle de Lersundi, don Joaquín de Yrizar y Barnoya, don Mariano Ciriquiain Gaiztarro, don Amadeo Delaunet y Esnaola y don José Múgica y Múgica, que prestaron todo su apoyo, el año de 1944 rehicieron la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, estableciéndola y haciéndola funcionar de inmediato, en su domicilio social del Museo de San Telmo.

Al año siguiente, decidieron editar este Boletín que en 1983 puede cumplir los XXXIX años que alcanzó la revista *Euskal Erria*, del inolvidable José Manterola y Beldarrain (1849-1884). Durante todo este tiempo funcionó plenamente bajo su dirección y el auxilio del suscriptor que desde 1950 —por iniciativa de don Mariano Ciriquiain— ha venido interviniendo en su preparación y la ha hecho aparecer al día, sobre la base de dedicar su publicación exclusivamente a la cultura vasca.

Fueron tiempos de dura prueba; pero se venció en el empeño, y desde el mismo año 1945 el Boletín tuvo el amparo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que, el 13 de enero de 1944, acordó nombrar a la Bascongada su delegada en Guipúzcoa.

Y como consecuencia de esa elección particular vieron la luz en calidad de filiales de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, las instituciones Sociedad de Ciencias Naturales «Aranzadi», Sociedad Fotográfica de Guipúzcoa, Instituto «Francisco de Ibero» y el Grupo «Dr. Camino de Historia Donostiarra», a cuyas cuatro asociaciones pertenecía el señor Manso de Zúñiga desde su creación. Puede decirse que a partir de las apariciones de estos centros fue el comienzo de una nueva etapa cultural en San Sebastián que se ha venido planteando por personas estudiosas sobre bases científicas. En todas estas instituciones se realizan trabajos y comprobaciones especiales empleados en aprender y cultivar unos temas que han dado por resultado una gran mejoría en los diferentes estudios que dichos establecimientos ofrecen con suma eficacia y ardor.

En enero de 1950 fue nombrado Director del Museo Municipal de San Telmo, y su labor por los diferentes pueblos de Navarra, Guipúzcoa y Alava le llevó a adquirir muchísimas piezas, todas ellas de índole etnográfica, entre las que merecen destacarse sesenta estelas discoidales que van desde unas



anteriores al cristianismo a dos del siglo XIX, la mayoría de las cuales tuvo precisión de buscarlas por los montes, que es donde habían ido a parar para servir como mojonos.

Manso de Zúñiga no contento con esta aportación, antes y después de conseguir tan preciadas piezas, hizo donación al Museo de un retrato de doña Soledad Manso de Zúñiga, pintado por Ascensio Martiarena Lascurain (1883-1966); veinte litografías de «dantzaris» vascos, iluminadas a mano; un escudo de piedra siglo XVIII; un retrato al óleo del P. Donostia, ejecutado por el pintor José González de la Peña, y dos figuras de cerámica a todo color de un Requeté y del bardo Iparraguirre, de las que había sido autor Vassallo, primera medalla de Bellas Artes en 1948..

En la primavera de 1950 fue nombrado Académico Correspondiente de Bellas Artes y en 1958 Delegado de Bellas Artes, cargo gratuito pero sumamente útil para todo aquel que como Manso de Zúñiga vele por nuestro Patrimonio Histórico y Artístico; lo ejecutó hasta 1972. Y esto, solícito y con el desinterés que mueve al curioso o al investigador erudito, sin otra mira que satisfacer los recursos de su instrucción, y de proteger en buena parte lo esencial de nuestro patrimonio monumental.

Galardonado con la encomienda de Alfonso X el Sabio, en reconocimiento de su dilatada labor científica y cultural, le fue impuesta la misma en un acto que tuvo lugar en el ayuntamiento de San Sebastián el día 13 de septiembre de 1978, a sus setenta y seis años de edad, durante muchos de los cuales abordó no sólo temas de la especialidad cultivada sino otros que manifestaban los deseos ardientes en sus estudios de ciencia o arte.

Merecen citarse, entre otras publicaciones distinguidas de tema etnográfico histórico, sus trabajos en este Boletín, así como varios monográficos y de síntesis que figuran en venta en beneficio del Museo de San Telmo, titulados: *El zuondoko, Muebles populares vascos, Piezas de Pasajes, Historia del Museo de San Telmo, Las arcas de caballos y La laya.*

En 1960, con objetos y material procedente de nuestra provincia, recogió en una Guía Catálogo de la Exposición «Guipúzcoa de 1500 a 1700» todo lo exhibido en el castillo de Carlos V de Fuenterrabía con motivo del tercer centenario de las bodas de la Infanta María Teresa con Luis XIV de Francia.

Para la organización de esa muestra hubo de recorrer cerca de los tres mil kilómetros, habiéndose organizado bajo los auspicios del Museo Municipal de San Telmo, de San Sebastián.

Todo el mundo conoce también su hermoso tomo acerca del Museo



San Telmo en el que hay reflejada una amplia explicación e historia del contenido general de dicho establecimiento artístico. Fue editado en 1976 por La Gran Enciclopedia Vasca de Bilbao y el patrocinio de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, con abundante documentación gráfica y texto de importancia didáctica.

Tiene asimismo interés el folleto de *Grabados de tema vasco* que la misma Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián le publicó en 1979 con motivo de una Exposición celebrada en San Telmo en la que se mostró una magnífica colección de grabados y litografías artísticas e históricas referentes a San Sebastián y la provincia de Guipúzcoa (1540-1945).

Y todo esto fue precisamente la razón principal que en vida movió a nuestro compañero Manso de Zúñiga, singular y técnico en el conocimiento de las Bellas Artes y de la Etnología vasca, a la par de haberse distinguido por su gusto por el arte y por su interesante anecdotario, potenciado de recuerdos, imprevisto y enigmático a la vez, pero siempre de contenido y de raíz muy tradicional, con el que completó numerosas realizaciones.

Ahora toca despedir al amigo, rendirle nuestra gratitud y presentarle nuestro respeto, cumpliendo un tributo de adhesión al haberse ido, dejando vacía la plaza donde uno por ley de vida ha pasado a ocuparla. Y esta participación representa un mayor esfuerzo en el momento por la diferencia que resulta entre don Gonzalo Manso de Zúñiga y nuestra persona. La providencia conserva y rige; pero es de imposición o exigencia, y de justicia, sentir vivamente su desaparición, para nuestra cultura tan sedienta por fomentar su espíritu.

J. M.

SELMA HUXLEY SOCIA DE NUMERO  
DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA  
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS

Como parte del curso 1981-1982 de lecciones de ingreso de socios de número de la REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS, comisión de Guipúzcoa, el 19 de diciembre de 1981, lo hizo en Orio la señora Huxley de Barkham.

Se escogió para que pronunciara su discurso, o mejor dicho su lección de ingreso sobre «Balleneros vascos en Terranova en el siglo XVI», un pueblo de tradición ballenera. Fue todo un acierto organizativo, porque lo que habitualmente suele ser una reunión de gente preocupada por los temas del País, que desgraciadamente no suele ser mucha, se convirtió en



un acto eminentemente popular. Se llenó el cine Leunda donde tuvo lugar el acto. Creo que nunca se ha visto tanta gente en actos semejantes.

La verdad sea dicha, Selma se merecía este homenaje de un pueblo pesquero vasco. Nueve años lleva trabajando en nuestros archivos sacando del olvido la historia de los *arrantzales* vascos en Terranova pescando ballenas. Labor realizada con un tesón semejante al que necesitaban hace cuatro siglos nuestros antepasados que se lanzaban a la aventura de atravesar el Atlántico en sus frágiles naos y adentrarse en gélidas regiones para terminar enfrentándose con los gigantes cetáceos en una lucha desigual.

El acto comenzó con la presentación de la nueva socia a cargo de un servidor. Esboqué la personalidad de Selma y su gran labor en el campo de nuestra historia del siglo XVI. El tema de los balleneros vascos desde hace muchos años estaba estancado. Parecía que no había nada nuevo que sacar a relucir. Sus investigaciones han revolucionado el tema y abierto nuevos horizontes, insospechados por su magnitud. Por otra parte sus descubrimientos documentales han permitido localizar en la costa del Labrador los lugares donde nuestros balleneros recalaban para sus capturas; y han permitido también localizar en el villorrio de Red Bay los restos de un ballenero del siglo XVI, fletado en Pasajes, que se está investigando por un equipo de arqueólogos submarinistas, amén de otras excavaciones terrestres que se están realizando en sus cercanías, muy interesantes para conocer el modo de vivir de nuestros antepasados.

A continuación, y con la ayuda de diapositivas, expuso la historia de los balleneros vascos en Terranova y Labrador en la segunda mitad del siglo XVI. Cerraron el acto don Adrián Celaya, Presidente de la R.S.B.A.P. y don Juan Ignacio Uría, Presidente de la Comisión de Guipúzcoa. Acto seguido se le hizo entrega a Selma Huxley de la medalla y el diploma de Socio de Número.

Como colofón de la fiesta se dirigió la comitiva, presidida por la Corporación municipal, escoltada por *arrantzales* con sus remos y al son de la banda de *txistularis*, hasta la plazuela donde se ha erigido un sencillo monumento a los balleneros, construido a base de un hueso de ballena recientemente extraído de la ría al ser dragada, donde Selma colocó la placa alusiva coreada por los aplausos de la numerosa concurrencia.

Semanas más tarde el Ayuntamiento de Orio tomó el acuerdo de nombrar a Selma Huxley hija adoptiva de la villa.

Quiero terminar esta breve miscelánea dando cuenta a los lectores de que a Selma Huxley se le ha concedido recientemente la medalla de oro por la *Real Sociedad Geográfica Canadiense* por sus méritos de investigación histórico-geográficos. Esta condecoración, en su modalidad de



oro, se concede en muy raras ocasiones, lo que demuestra la alta valoración con que se han contemplado sus trabajos.

Del número 6/7 de 1980 de la revista «Canadian Geographic» traducimos trozos de un artículo que se le dedicó:

«A Selma de Lotbinière Barkham se le ha concedido la Medalla de Oro de la Real Sociedad Geográfica Canadiense por sus investigaciones histórico-geográficas. La ceremonia de la entrega tuvo lugar en el Government House de Ottawa el día 21 de mayo en presencia del Protector Honorario de la Sociedad, su excelencia el Gobernador General el Rt Honorable Edward Schreyer.

La señora Barkham pasó tres años aprendiendo español para poder ir a España, en 1972, a trabajar con una beca de seis meses para los Archivos Públicos del Canadá con objeto de buscar documentos históricos de la primitiva historia del Canadá, y al mismo tiempo para dedicar el resto del tiempo a un proyecto personal de descubrir detalles de la presencia vasca en el sur del Labrador desde los años 1540 hasta principios del siglo XVII. El trabajo detectivesco realizado en los archivos le permitió localizar en Rey Bay (Labrador) los restos del San Juan, un galeón vasco hundido en otoño de 1565. El casco estaba en excelentes condiciones después de haber estado sumergido 413 años; era el barco más antiguo hallado hasta la fecha en aguas canadienses... Ha hecho mucho para llenar un gran vacío en nuestra historia del tiempo de Cartier y Roberval (cuyos últimos viajes fueron en 1541 y 1542) a la llegada de Champlain a principios del siglo XVII.

En su discurso el presidente de la Sociedad D. M. Coolicen dijo: Para los geógrafos hay otro gran interés en el trabajo de la señora Barkham. Sus barcos estaban tripulados por gente real: en muchos casos conoce los nombres de sus dueños, del capitán, de algunos de sus tripulantes; el número de marinos a bordo, la carga que llevaban, el número de ballenas capturadas, las esperanzas del capitán de regresar a casa para Navidades; fechas concretas y los años en que fracasaron y tuvieron que quedarse en Labrador. Ha descifrado un sistema muy sofisticado de asegurar las naves, como el frecuente caso del riesgo colateral; ha seguido la pista de largos pleitos sobre pérdida de naves, robos de ballenas o de las pequeñas chalupas usadas para cazar ballenas. Con esta información ha reconstruido una imagen de la economía del comercio ballenero vasco centrado en la costa sur del Labrador entre Blanc Sablon y Chateau Bay, de la vida de los balleneros, del número de ballenas capturadas y de la experiencia del clima».

*Iñaki Zumalde*



ACTO DE PRESENTACION DEL LIBRO  
«IRUN EN EL SIGLO XX (1936-1959)»  
DE D. EMILIO NAVAS. AYUNTAMIENTO DE IRUN, 3-I-1982

*Intervención de D. Juan Antonio Garmendia,  
Jefe de Relaciones Culturales  
de la Caja de Ahorros Municipal  
y Director de «Sociedad Guipuzcoana  
de Ediciones y Publicaciones»,*

Muy cordial saludo a todos, con la emoción, el honor y la satisfacción de dirigirlo desde el estrado de este magnífico e histórico edificio del Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de Irún.

Bai atsegia dala, urte-berriaren asieran, gure kulturgingintzako billera batean, ain garrantzizko billera batean, elkartzea.

Garrantzizko billera esan dut Irun'go erri-erriarentzat; bildu ere, egin-kizun onek bildu bait-gaitu, emen, Udal-Etxeko areto ontan, Euskalerrriaren Adiskideen Elkarte, Donostia'ko Aurrezki Kutxa Muzipala, Don Emilio Navas'en ainbeste lagun, gure kultur-bazkuretako bidaliak, eta, urtearen lenengo igande ontan guregana etorri nai izan duten beste ainbeste ta ainbeste lagun.

Y en este punto quisiera destacar una sentida y muy entrañable ausencia para tantos de nosotros que nos honramos con su amistad e intimidad: la del sabio y santo irundar D. Juan Thalamás Labandibar y Empan, fallecido el año pasado en Cambó, en su querida tierra vasca de Laburdi que tanto amó. El hizo, desde esta misma mesa presidencial hace unos años, la presentación del primer tomo de la gran Monografía de D. Emilio Navas, que luego completó con su magistral biografía en el Boletín de los Amigos del País (Cuadernos 3.º y 4.º, de 1977); biografía que, en honor a biógrafo y biografiado, hemos reproducido en las páginas preliminares del libro que hoy presentamos.

¡Cómo no recordar en este momento nuestras inolvidables reuniones, con D. Emilio y M.<sup>a</sup> Juncal Navas y amigos comunes como Pierre Narbaitz, Juan Ramón de Urquijo, Inés y Julián Martínez, Juan Luis Seisdedos y M.<sup>a</sup> Juncal Muñio, el padre José M.<sup>a</sup> de Urquijo, mi propia madre..., en lugares tan entrañables de nuestra geografía como Bayona, Lecároz, Ainhoa, Santesteban, Cambó, Tarbes, Anglet, Valcarlos...! D. Juan Thalamás: sabio, humanista, hombre ejemplar, intelectual, amante de la tierra vasca con profundo y dramático espíritu euskaldun... D. Juan Thalamás, goian bego!

Y otra penosa ausencia a mencionar también en esta hora de hacer



justicia y gratitud a los que se fueron en 1981: la del ilustre hombre de Derecho, D. José Múgica y Múgica, exalcalde de Donostia y Presidente y letrado que fue de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián; hijo de aquel D. Serapio de Múgica, Cronista de Guipúzcoa e Inspector de los Archivos Municipales de la Provincia, de agradecida y siempre venerable memoria.

D. José Múgica, autor de la «Presentación» escrita en el primer tomo de la obra de D. Emilio Navas, entrañable amigo suyo desde la juventud, jugador del Real Unión, liberal, orador brillante, de privilegiada mente jurídica, escritor, letrado de primera fila, Amigo del País...

La Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, a través de su Editorial, la «Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones» (RSBAP), ha de agradecer también en este momento la participación de nuestro querido colaborador y entrañable y admirado amigo, D. Miguel Pelay Orozco, por la lúcida y sentida exposición preliminar que ha escrito para este libro (vertida magistralmente al euskera por otro gran amigo, D. Pedro Berrondo), y que tendremos el gusto de escucharla enseguida de su propia boca.

También hemos de manifestar especial gratitud al Alcalde y Corporación irundarras por el honor que para nosotros supone presentar nuestro libro en el marco más solemne y representativo de esta histórica, brillante y progresiva Ciudad de Irún, acompañados por su primera autoridad municipal.

Y naturalmente, también, por la presidencia en este acto de la primera autoridad de la Provincia, el Diputado General de Guipúzcoa, y también entrañable amigo, D. Javier Aizarna, impulsor de la cultura vasca y guipuzcoana.

Y asimismo, por la presencia en esta Mesa de otro tan querido amigo: el Alcalde de San Sebastián, D. Jesús M.<sup>a</sup> Alkain.

También, a los queridísimos amigos y compañeros en las tareas de la Sociedad de los Amigos del País, primeras autoridades de la bicentenario Real Sociedad Bascongada que ahora nos presiden: D. Adrián Celaya, Director y Presidente de su Comisión de Vizcaya y el Dr. D. Iñaki Barriola, Vicedirector. Lamentando la forzosa ausencia, a última hora, del ex-director de la Sociedad, D. Juan Ramón de Urquijo, gran amigo de Irún, y que intervino asimismo activamente en la presentación del primer tomo de la Monografía de D. Emilio Navas, en esta misma Sala Capitular, en septiembre de 1977.

Agradecimientos que me permito expresar en nombre de los miembros de la Caja de Ahorros Municipal que también nos presiden: su Pre-



sidente, D. Xabier Otaño; su Director General, D. Xabier Alkorta y el Delegado de nuestra Zona de Irún, D. Patxi Zapiain.

---

No es cosa de desentrañar ahora el contenido de esta impresionante crónica de Irún, en los años 36 al 59, de este también impresionante hombre de 91 años, que se llama D. Emilio Navas Labiano. 667 páginas de apretada letra impresa, más 125 páginas de índices, más 80 páginas preliminares, más 281 fotografías, grabados y dibujos debidamente comentados..., abruman a cualquiera que pretenda hacer una síntesis, siquiera mínima, de su contenido.

Miles de nombres y de citas; incontables referencias urbanísticas, deportivas, municipales, artísticas y musicales, políticas, sociales y laborales; bélicas; industriales, económicas y comerciales; religiosas; costumbristas y ambientales; gastronómicas; metereológicas, demográficas y estadísticas; geográficas e históricas; periodísticas, culturales... y un etcétera al que no se le ve el fin.

Estos libros, que pasarán a la historia, no sólo nuestra sino que me atrevería a decir que a los anales municipales europeos como modélicos en el tratamiento de lo que es la crónica de la vida de un pueblo, son el resultado de la obra de un hombre que los comenzó octogenario y los acaba felizmente nonagenario. Son el resultado, así, de una disciplina, de un trabajo, de un rigor, de una inquebrantable constancia y estado de ánimo frente a los abatimientos personales, de una lealtad para consigo mismo y de una entrega fiel hacia el pueblo que le vio nacer, desarrollarse y trabajar. Trabajar hasta el fin. Y trabajar, en estos libros, con delicadeza, tacto y exquisito cuidado hacia todo y hacia todos: personas, instituciones, situaciones... Sin herir, seguramente, a nadie ni a nada. Es el mejor testamento de este caballero y entrañable amigo que se llama D. Emilio Navas.

El libro está ahí y todos nosotros somos sus beneficiarios y sus jueces. Cubierto en su portada con ese patético y espléndido cuadro del maestro Gaspar Montes Iturrioz, propiedad de este Ayuntamiento, y que representa la destrozada Plaza de San Juan en 1937, la obra está esmeradamente impresa por Gráficas Izarra, de Usurbil, a cuyos responsables agradezco personalmente su cordial colaboración en la larga y compleja tarea de su confección técnica.

A todos Vds., señoras y señores, queridos amigos, representaciones de entidades de estas siempre admirables tierras y orillas del Bidasoa, «el Río que tanto vio», en expresión recordatoria de aquel inolvidable Luis de Uran-



zu, muchas gracias por prestar este calor humano a un acto en el que tanta ilusión, tanto afán hemos puesto cuantos nos sentamos hoy en esta Mesa.

Orra bada: Pakea ta elkarrekiko ona opa dizuet biotz-biotzetik; bere aurrera-naietan bide onetik aurrera egin dezala gure Euskalerrriak; bene-tako zoriona dezatela gure Gipuzkoa'k eta Irun'go erriak; eta, danoi, 1982 urtea, Urte On bat opa dezaigula gure Jainkoak. Agur eta eskarrikasko.

### PRESENTACION DEL LIBRO «EL ESPACIO BILINGÜE», DE DON JOSE MARIA SANCHEZ CARRION

En el Colegio Larraona de Pamplona tuvo lugar el día 20 de enero la presentación de la documentada obra del lingüista José María Sánchez Carrión, vascófilo eminente, navarro de adopción y natural de Granada.

La presentación a cargo de don Angel Irigaray empezó reseñando en vascuence los méritos del autor, siguiendo así en castellano:

«Este libro que presentamos desarrolla temas controvertidos de *lingüística*, en especial *disglosia* y *bilingüismo* en nuestro Euskalerrri navarro.

El autor no es natural de nuestro País Vascón, pero sí euskaldún y vascófilo de verdad, porque ha aprendido nuestro idioma en un pueblo de Basaburua, ej. haciendo para ello de maestro; lo que es mucho más meritorio todavía. Escribe en euskera y lo habla corridamente, José María Sánchez Carrión, nuestro amigo, natural de Andalucía; es un buen ejemplo para muchos de aquí. Como es lingüista competente diré que su libro «El espacio bilingüe» trata en 199 páginas de «Problemas básicos del bilingüismo vasco».

Yo me limitaré, por no ser lingüista y sólo filólogo a citar los temas más importantes, y para empezar su curriculum académico:

Nuestro colega es natural de Granada y pronto empezó aquí a estudiar el *euskara* hasta llegar a dominarlo, especialmente por tres canales; aprendiendo el idioma, *investigándolo* y enseñándolo en clase.

Tiene el título de Filología de Salamanca; ganó la cátedra de Literatura en el Instituto de Mondragón por oposición, cargo que desempeña actualmente.

Fue profesor de Español en Escocia (Paysley), así como en la Universidad de Granada, su pueblo natal.



Sus estudios de *sociolingüística* y *bilingüismo* siempre han tenido como base el Vasceuce de Navarra.

Una *encuesta* muy detallada llevó a cabo en 1970, publicándolo sobre «El estado actual del vasceuce en Navarra», «Factores de regresión», «Relaciones de bilingüismo», y en la misma línea de choque que yo estudié años antes; mostrando la lamentable pérdida en ese breve intervalo.

En el Anuario del Seminario J. Urquijo de S. Sebastián publicó: «Bilingüismo, Disglosía, Contacto de lenguas», «El marco sociológico y espacial en una situación bilingüe».

El presente libro «El espacio bilingüe» es fruto de muchos años de investigación.

Ha querido aclarar en él, el autor, por qué las lenguas nacen y mueren.

Se separa en estos problemas de algunas opiniones actualmente en boga y en el binomio, lengua-antropología, aporta sus tesis personales, con referencia al multi-lingüismo.

Este libro está editado en Burlada a cargo de Eusko Ikaskuntza. Lleva al final una selecta Bibliografía en español, inglés, francés, alemán y euskara.

El que tenga interés en estos temas sacará fruto maduro de su lectura indudablemente. Merece nuestros cálidos plácemes, no sólo por su científico libro, sino por el ejemplar esfuerzo que supone toda su vida académica.

A continuación explicó el señor Sánchez Carrión en euskara y castellano sus teorías sobre el complejo del bilingüismo y la socio-lingüística, en Navarra en especial, haciendo referencias a su documentado libro.

Siguió un coloquio del mayor interés con el ilustrado público que casi llenaba el salón, mostrando éste al final su satisfacción y agrado con nutridos aplausos.

A. Irigaray

### REPOSICION DEL BORRACHO BURLADO

Como colofón de las «Jornadas Musicales Aránzazu-Oñate (Musikegunak)» de 1981, patrocinadas por la Excma. Diputación de Guipúzcoa, se celebró el 18 de octubre en la iglesia parroquial de Oñate el «Concierto Homenaje a D. Francisco Xavier María de Munibe e Idiaquez, Conde de



**CONCIERTO HOMENAJE A  
D. FRANCISCO JAVIER MARIA DE MUNIBE E IDIAQUEZ,  
CONDE DE PEÑAFLORIDA**

*Presentación: Juan Ignacio Uría*  
*Presidente de la Comisión de Guipúzcoa de la R. S. B. A. P.*

**I**

Kurutz - Bidea  
Cántico Evangélico "Benedictus"  
Irten ezazu  
Aita Gurea - Agur María - Gloria

**II**

**« EL BORRACHO BURLADO :  
Opera Cómica en castellano y en bascuence »**

**REPARTO**

Maricho: Loly Ordoqui	Martín: José María Altuna
Machalen: Nekane Lasarte	Don Pedro: Kechu Núñez
Chanton: Juan Miguel Echarri	Don Diego: José Javier Echeverría
Don Diego: Ricardo Salaberría	Narrador: Angel Marco

Oficiales zapateros, tenderos, "el hombre de las manzanas"  
de la Coral "Oñati"

**"OÑATI" Abesbatza - Imanol Murua, zuzendaria**  
Orquesta de Cámara

**Maestro Director: JAVIER BELLO PORTU**

Urriak 18, Igandea  
Arratsaldeko 7etan



Peñaflorida», a cargo del Coro Oñati y la Orquesta de Cámara dirigida por el maestro Javier Bello Portu. La presentación estuvo a cargo de Juan Ignacio Uría, presidente de la Comisión de Guipúzcoa de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Este concierto no es uno más de los dedicados a nuestro Fundador. Por eso creemos de justicia dejar constancia de él en este BOLETÍN, ya que es un hito en la revalorización de la faceta musical del Conde cuya personalidad artística va emergiendo del semiolvido al que nuestra musicología le tenía relegado, y que ahora, gracias a la renovación de los estudios sobre el XVIII vasco, se le está valorando en su justa medida.

En el magnífico marco de la Iglesia de San Miguel se interpretó en la primera parte las siguientes obras del Conde: «Kurutz-Bidea», «Cánticos Evangélicos, Benedictus», «Irten ezazu» y «Aita Gurea-Agur Maria-Gloria», bastante conocidas por el público. El verdadero acontecimiento musical fue la segunda parte en la que se ofreció en versión de concierto «El Borracho Burlado. Opera cómica en castellano y bascuence».

Esta obra tiene el extraordinario valor de ser la primera ópera vasca que se tenga noticia. Estrenada en Vergara el 12 de septiembre de 1764 (en dos representaciones) no se había repuesto nunca. En realidad, para los aficionados y profesionales a la música culta era inédita, ya que su libreto se había perdido.

Se sabe que el mismo año de su estreno se imprimió en Vitoria, presumiblemente por cuenta del Ayuntamiento de Vergara, pues fue el que se encargó de su distribución enviando al autor 100 ejemplares. A comienzos del presente siglo Julio Urquijo la reprodujo en la RIEV, y recientemente la Editorial Auspoa la volvió a imprimir. Pero únicamente el libreto. De la partitura no se supo más. Sencillamente había desaparecido. Cuantos estudiosos se han interesado por la música vasca han estado lamentándose de este extravío.

En septiembre de 1964 se celebró en Vergara el segundo centenario del acontecimiento que había dado ocasión al estreno del «Borracho burlado». En el programa de festejos se incluía la representación del «Borracho burlado» en el mismo salón de actos del ayuntamiento vergarés donde se había estrenado. Y así se hizo en efecto, con gran éxito, pero sin música. A continuación habló el maestro Bello Portu sobre «La música en la fundación de la RSAP y sus consecuencias». En el curso de la conferencia se lamentó de que lo representado momentos antes se hiciese sin la música que 200 años antes había deleitado al auditorio, música que, por otra parte es el alma de toda ópera. Al término de la disertación y mientras recibía el pa-



rabién de los asistentes se le acercó un grupo de vergaeres entregándole la partitura del «Borracho burlado». Había aparecido entre los viejos papeles de una familia vergaesa. Pueden imaginarse la sorpresa y la alegría. Era todo un acontecimiento cultural. Allí se hicieron, en la euforia del hallazgo, promesas de su pronta puesta en escena para beneficio de la música vasca.

Estos buenos deseos se esfumaron al poco tiempo. Al comenzar a estudiar la partitura se vio que era sólo para piano. Y pasaron los años. Nadie se atrevió con la difícil y temeraria empresa de orquestrarla. Los organizadores de las «Jornadas Musicales Aránzazu-Oñate» conocedores de lo que acabamos de relatar, encomendaron al maestro Bello Portu la difícil tarea de preparar la partitura para orquesta y coro. Mucho se tuvo que porfiar ante el bueno de Javier, pero se consiguió.

La labor del maestro Bello Portu ha sido ímproba y meritoria. Su profundo conocimiento de la música en general y de la coetánea del Conde en particular, le han ayudado en esta reconstrucción para orquesta, solistas y coro de la obra.

El reestreno, que teniendo en cuenta los años transcurridos desde su primera audición, bien puede considerarse como estreno, fue un éxito. Todo salió a pedir de boca: la batuta, la orquesta, los solistas y el coro. El público quedó maravillado ante la donosura y alegría de esta música que se había idealizado en su desconocimiento. Nadie quedó defraudado.

Pero... aquí los entendidos al escuchar el «Borracho burlado» comenzaron a plantearse interrogantes muy difíciles de contestar y que darán pie a los estudiosos a toda suerte de cábalas. A ratos su audición hacía recordar melodías conocidas de nuestro cancionero, e incluso de la música clásica italiana y francesa del barroco. Y uno se preguntaba si el Conde era el autor de las primeras que en el anonimato habían pasado a ser patrimonio de nuestro acervo popular, o por el contrario el Conde y los anónimos se habían inspirado en una fuente común. En cuanto a la influencia de sus coetáneos que se observaba, se dudaba con cierta malicia de la *colaboración* del responsable de la orquestación, o, sencillamente de que el autor se dejó influir por los autores que le sonaban bien.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el «Borracho burlado» es una composición preciosa y agradable, y como las grandes obras, al alcance de cualquiera medianamente dotado para gustar música buena. El estreno fue una sorpresa y un acontecimiento. El Conde de Peñaflores como compositor demostró, esta vez sin paliativos, ser uno de nuestros grandes de la música.



DON CARMELO DE ECHEGARAY  
SU APORTACION A LA LITERATURA VASCA

*(Disertación leída por don Juan San Martín en la Diputación de Vizcaya,  
en diciembre de 1975, con motivo del 50 aniversario  
de su fallecimiento.*

*Compartiendo una mesa redonda con D. Andrés de Mañaricua  
que trató el aspecto de historiador, y D. José Antonio Arana,  
del aspecto biográfico).*

Es sabido que el primer contacto de don Carmelo de Echegaray con las letras fue a través de poesía en vascuence, si bien más tarde destacó como gran historiador. Su vida profesionalizada como ordenador de archivos e investigador de la historia vasca, por la época y los centros oficiales que le encomendaron sus tareas se vio obligado a distanciarse del idioma eúskaro. Pero aún así, don Carmelo no prescindió totalmente en el cultivo del vascuence, que incluso fue incrementando de nuevo en la fase final de su vida. Este es un aspecto menos conocido de don Carmelo y que hoy merece nuestra atención para un somero repaso de su obra como aportación a la literatura vasca.

Don Carmelo de Echegaray tomó plaza en las letras eúskaras en 1882 por la mano de José Manterola, director de la revista Euskal-Erria que se publicaba en San Sebastián. En el número de noviembre de aquel año de 1882, Manterola hizo la siguiente presentación: «Hace poco más de un mes, tuvimos noticia de un joven guipuzcoano que, asociándose al florecimiento contemporáneo de nuestra poesía, empezaba a sentir los primeros cosquilleos de la inspiración, y comenzaba a dar rienda suelta a ésta, trazando en el papel, aunque con la timidez propia de todo principiante que en algo se estima, sus primeros versos en la nativa lengua. Los informes que se nos daban eran excelentes, y no ciertamente exagerados, y dejaban entrever risueñas esperanzas. Hemos procurado obtener algunos de estos ensayos, y nos hemos visto agradablemente sorprendidos e impresionados al leer las dos pequeñas poesías que se nos han remitido como por vía de muestra. Por su asunto, por la espontaneidad y la naturalidad del lenguaje, por lo correcto de la dicción, lo fácil del verso, y el rigor en la medida, revelan ambas a su autor como un poeta de grandes esperanzas cuanto que el joven en cuestión es aún un verdadero niño, pues sólo cuenta catorce a quince años. El nuevo poeta, cuya aparición saludamos hoy con verdadera alegría, es Carmelo de Echegaray».

Aquel mismo año de 1882, fue merecedor de menciones honoríficas en el Certamen de Consistorio de Juegos Florales de San Sebastián, por su



obra en prosa, la leyenda titulada «Aitor'en etorrera edo Euskalerrriaren asiera» y el soneto «Bilintx biursariaren doaindigoan».

Desde aquella fecha, colaboró activamente hasta 1893. Es decir, once años consecutivos, con cerca de un centenar de poesías y siete leyendas en prosa, publicadas en la revista Euskal-Erria.

Es la aportación dinámica de su juventud. Actividad que disminuye casi al silencio por otra serie de trabajos de historia que todos conocemos. ¿Pero no fue acaso su alma de poeta el que animó su profusa labor de historiador?

Pero hubo una segunda época de considerable dedicación a las letras eúscaras. No con tanta dinámica como en su juventud, pero sí bastante amplia con un temario renovador. Es la aportación de la madurez intelectual que le distingue al hombre escrutinador de la historia, que emana los frutos de sus largas investigaciones, más con ensayos críticos de la literatura, a través de conferencias, prólogos y artículos. Por esto su aportación dividimos en dos épocas distanciadas en el tiempo y en los temas.

La poesía de esa su primera época, es de estilo postromántico, no exenta de realismo y con visos modernistas. En su mayoría épicas, que constituyen las gestas de su pueblo eúskaro, y odas donde canta sus sentimientos de alabanza a los hombres y a las cosas en su tierra. En este último género puso de manifiesto su profundo sentir religioso dedicando a la Virgen una decena de poesías.

Normalmente empleó la métrica tradicional vasca, como es el zortziko, pero también compuso sonetos. Y entre los poetas eúskaros preferidos contaba con Indalecio Bizcarrondo «Bilintx», a quien además de dedicarle un soneto —su primera poesía impresa, merecedora de una mención honorífica en los Juegos Florales de San Sebastián en 1882, cuando contaba 17 años, y no catorce o quince como apuntaba Manterola—, hizo un estudio crítico de la obra poética de «Bilintx» y prologó el libro de sus obras selectas en 1911; el otro poeta de quien sentía gran admiración era Antonio Arzac, de quien tradujo al castellano varias poesías, *Mari-ri*, *Seaskatik obira*, *Izen bat*, *Jesus* y *Ai!*, pero además le dedicó una semblanza en la revista Euskal-Erria en 1904.

De los poetas en castellano tenía su predilección por José Selgas, de quien tradujo al vascuence hasta diez poesías, que vieron la luz en la aludida revista Euskal-Erria, y al mismo tiempo le dedicó dos composiciones poéticas suyas.

Pero, además, de sus traducciones se deja entrever sus simpatías por



las poesías de San Juan de la Cruz, Fr. Luis de León, Joaquín Rubio y Ors, Meléndez, N. Zuricalday, J. Coll y Vehi, J. E. Hartzenbusch y Domenico Macry-Correale. De algún modo éstos pudieron influir en él, pero, sin embargo, se matuvo en la línea tradicional vasca, cercana a «Bilintx», Arzac y otros contemporáneos suyos.

Los numerosos premios que obtuvo patentizan su talla de poeta. Por aquellos años, el galardón máspreciado, que ambicionaban todos los poetas eúskaros, era el premio de la onza de oro y makila instituida por Mr. d'Abbadie, del que don Carmelo se hizo acreedor en dos ocasiones, en 1883, cuando sólo tenía 18 años, con el poema «Zertako?», y en 1886 con el poema «Menditar baten kantua». Canción ésta que arraigó en el pueblo para engrosar en el patrimonio de nuestro cancionero popular —tal como el presente año (1975) nos hizo recordar don Nemesio Echániz durante el modesto homenaje que a don Carmelo le rindió su pueblo natal de Azpeitia—. He aquí sus dos primeras estrofas:

*Urruti nere menditik  
joan nintzan dirutu nabirik.  
Urrutietan laster bihotza  
nahigabez erdibiturik,  
gelditu nintzan tristerik,  
bake santua galdurik.*

*Nere bihotza zegoen  
Euskal Herrian pentsatzen:  
egun guztian, gauaz orobat  
beti zitzaidan oroitzen  
zer gozo nintzan bizitzen  
hautxo nintzanean hemen.*

(He aquí su traducción libre: Me alejé de mi montaña con el deseo de hacer fortuna. Pronto en tierras lejanas se me partió el corazón de dolor y me quedé triste, perdida la santa paz. // Mi corazón pensaba en Euskal Erria, todo el día, y sobre todo en las noches recordaba siempre cuán dichoso vivía aquí cuando era niño.)

Qué mayor honor para un poeta que ser aceptado y cantado por su pueblo. De este honor se hizo acreedor don Carmelo. No en vano fue merecedor de doce primeros premios en los certámenes celebrados entre 1883 y 1889.

En la misma época de juventud escribió siete leyendas en prosa, entre 1882 y 1888, algunas de ellas premiadas. En las mismas, en líneas generales, se mantuvo más cerca de Iturralde y Suit y Campiñón que de aquellas otras



falsas leyendas creadas por Goizueta y Araquistáin. No obstante, de estar aún fuertemente influido por el romanticismo, significan un aporte estimable para la literatura eúskara, puesto que los citados autores hicieron su obra en castellano y don Carmelo en un vascuence fluido y rico en matices, cuando éste genero literario apenas se cultivaba en esta lengua.

En su segunda etapa, en época adulta, no cultivó ni poesía ni leyendas. Sin embargo, la madurez, con sus profundos conocimientos de literatura y de historia, le ayudaron a aportar distinta materia a la literatura vasca, que en nada desmerece de aquella época de juventud con sus triunfos en certámenes.

Con sus conferencias que las llevaba escritas y que luego fueron publicadas, aportó a la literatura vasca, además de un material histórico, de primera mano en algunos casos, una nueva disciplina para las letras en vascuence, abordando temas apenas antes tratados: el estudio del Fuero de San Sebastián, una historia resumida de los navegantes vascos «Euskalerriko itxasgiznak» en *Itzaldiak* de Euskal-Esnalea de 1921—, etc.

Ensayos críticos, con una visión objetiva, con comparaciones con escritores de otras lenguas. Entre estos ensayos destacan los dedicados a «Bilintx» I. Bizcarrondo, a Domingo de Aguirre y a Otaegui como poetas.

También contribuyo con artículos de semblanzas de otros destacados escritores eúskaros: Larramendi, Mendiburu y Arzac, por ejemplo.

Incluso participó con la lectura de unas cuartillas que con el título de «Esna gaitezen!» leyó en el teatro de los Campos Elíseos de Bilbao, el 2 de abril de 1916 en un mitín de propaganda del euskera, organizado por Euskal-Esnalea.

Y sobre todo, lo que no olvidaré, es la ayuda que me prestó su investigación sobre los escritores Moguel, tío y sobrinos, para mi trabajo bio-bibliográfico de Juan Antonio de Moguel. Este trabajo, «Moguelarrak», fue su discurso de toma de posesión como académico de número de la Academia de la Lengua Vasca, en una solemne sesión celebrada por la Academia en el salón de la Casa Consistorial de Azpeitia, el 25 de junio de 1925. Fue su única aportación a esta corporación, pues de manera inesperada, don Carmelo falleció aquel mismo año, impidiéndole desarrollar su actividad en el seno de la Academia de la Lengua Vasca.

Sus trabajos en euskera están diseminados en las siguientes revistas: Euskal-Erria, Euskal-Esnalea, Euskalzale, Aránzazu, Euskera, en los libretos *Itzaldiak* de Euskal-Esnalea y en los prólogos a varios libros.

Para poner fin a estas breves palabras, expongo la necesidad, si no de la recopilación de la obra entera en vascuence, para ser publicada en un libro,



sí por lo menos una obra selecta, tanto de su aportación poética como de la prosa. Ello constituiría, además de una interesante contribución a las letras eúskaras, para dar a conocer la personalidad de don Carmelo de Echegaray a las nuevas generaciones, y para que así ocupe el lugar que en las letras eúskaras tan justamente le corresponde.

#### RELACION DE POESIAS PREMIADAS

- «Bilintx biursariaren doaindigoan», soneto, mención honorífica en el Certamen del Consistorio de Juegos Florales de San Sebastián, en 1882.
- «Zertako?», Premio de las Fiestas Eúskaras organizadas en Marquina por Mr. d'Abbadie, una onza de oro, y makila ofrecida por Mr. Laborde-Noguer, en 1883.
- «Pedro Beratarrakoa, gizon illezkorra», premiada con la pluma de oro en el Certamen del Ayuntamiento de Pamplona en las fiestas de San Fermín de 1883.
- «Euskaldunak eta kartagotarrak», premiada en los Juegos Florales de San Sebastián, en 1883.
- «Arrigorriaga», en los citados Juegos Florales de San Sebastián, en 1883, premio ofrecido por la Sociedad «Euskal-Erria» de Bilbao.
- «Erronkal», premio rosa de oro por el Ayuntamiento de Pamplona en 1884.
- «Ama euskereari», un segundo premio en el mismo certamen.
- «Itsas-gizonen kanta Ama Birjina Itziarokoari», premiada por la Junta Directiva de la Peregrinación a Ntra. Sra. de Iciar, medalla de oro, en 1884.
- «Larramendi'ri, ikuskera bat», Premiada en los Juegos Florales de 1884.
- «Euskalerria'ri», premiada en el Certamen del Ayuntamiento de Pamplona, en 1825.
- «Menditar baten kantua», primer premio de las Fiestas Eúskaras organizadas en Urnieta por Mr. d'Abbadie, onza de oro y una makila, en 1886.
- «Amabirjiña Aranzazukoari», premiada con motivo de la coronación de Ntra. Sra. de Aránzazu, en 1886.
- «Nafarroa'ri», premiada por la Asociación Euskara de Navarra, en 1889.

NOTA: Todas fueron publicadas en la revista EUSKAL-ERRIA de San Sebastián.

El R. P. Onaindia en la antología *Milla euskal-olerki eder* (Amorebieta, 1954), pp. 383-385, incluyó las siguientes composiciones poéticas: «Euskalerria'ri», «Euskaldunak» y «Garó tartean».



## DIVERSOS TRABAJOS EN PROSA

*Leyendas (Kondairak)*

- «Aitor'en etorrera edo Euskalerrriaren asiera» (La venida de Aitor o el principio de Euskalerrria). Mención honorífica del Certamen del Consistorio de Juegos Florales de San Sebastián, en 1882. Publicada en la revista Euskal-Erria, 1882, VII, 561/563.
- «Andeka», revista Euskal-Erria, 1883, XI, 549/554.
- «Antziñako gertaerak», revista Euskalzale, 1898, II, 255/256. Y rev. Euskal-Erria, 1889, XX, 7/12.
- «Euskaldun bikain bat», rev. Euskal-Erria, 1892, XXVI, 362/367.
- «Gurasoaren zigorra», rev. Euskal-Erria, 1885, XII, 368/372.
- «Kantu zarrak», rev. Euskal-Erria, 1891, XXV, 553/557.
- «Malko bedeinkatuak», rev. Euskal-Erria, 1888, XVIII, 45/50.

*Artículos (Artikuluak)*

- «A. Arzac», rev. Euskal-Erria, 1904, LI, 385.
- «Aita Larramendi», almanaque «Euskal Esnalea'ren Esku-egutegia», 1910, 55/58.
- «A. Sebastian Mendiburu», rev. Euskal-Erria, 1883, IX, 57.

*Ensayos críticos (Kritika saiaerak)*

- «Indalezio Bizkarrondo, Bilintx», rev. Euskal-Erria, 1906, LV, 52/56.
- «Otaegui, euskal-olerkaria», *Itzaldiak* de Euskal Esnalea, 1925.

*Conferencias (Hitzaldiak)*

- «Domingo Agirre, olerkaria», *Itzaldiak* de Euskal Esnalea, 1920.
- «Donostia'ko Fueroa», RIEV, 1908, II, 111/120 y 187/194 (Trabajo premiado en 1906).
- «Euskalerrriko itxasgizonak», *Itzaldiak* de Euskal Esnalea, 1921.
- «Mogeldarrak eta euskera», rev. Euskera, 1926, VII, 8/25. (Discurso de su ingreso en la Academia de la Lengua Vasca).

Juan San Martín

---

«Esna gaitezen!», mitin de campaña pro euskera en Bilbao.



## UNA VISITA A LA CASA-TORRE DE VARONA

Está en Villanañe, pequeño pueblo alavés situado cerca de la carretera que va desde los confines de la provincia de Burgos hacia Bilbao, pasando por Orduña. Es una vieja fortaleza que recuerda tiempos medievales. En el foso que rodea el edificio nadan ahora unos patos totalmente ajenos a los lances que antaño pudieron ocurrir junto a aquellos muros. Pero aún pueden verse los aparatos de hierro que servían de *txirrika* para elevar el puente levadizo que en un tiempo aislaba totalmente la casa-torre.

A los pocos días de que visitara el lugar el lendakari Garaikoetxea, que lo hizo el día 5 de septiembre de este año de 1982, y a raíz de la crónica publicada por la prensa, donde se hablaba de las colecciones que se conservaban, entre otras la de armas antiguas, nos trasladamos allí aguijoneados por la curiosidad de contemplarlas y examinarlas detenidamente.

Se da la circunstancia, además, de que las armas blancas y de fuego, que cuelgan de las paredes de la escalera de acceso al primer piso, pertenecieron a los antepasados de quienes ahora residen en tan pintoresca morada.

Al penetrar en ella se tiene la impresión de que uno se traslada a esa época en que los caballeros, provistos de pesadas armaduras, realizarían grandes esfuerzos para montar en sus corceles, no menos ataviados que ellos con penachos y otros adornos de cuero y hierro, mientras las damas se asomaban por el ventanaje para despedirlos, tocadas con sus puntiagudos capirottes y anchos cuellos excesivamente almidonados.

No íbamos descaminados al suponer que alguna sorpresa nos depararía el examen de las armas. Tan numerosos son los ejemplares diseminados por esos mundos que, en cualquier rincón, inesperadamente, suelen aparecer curiosas muestras de la habilidad laboral de nuestros armeros.

Prescindimos de las armas blancas —entre las que había un gran machete albaceteño del siglo XVII— y centramos nuestra atención en las de fuego porque eran, como se verá, las más relacionadas con la cuenca armera vasca. Examinamos las inscripciones y marcas, forzando la vista sobre los trazos después de eliminar en lo posible la capa de óxido que tenían, y así pudimos descubrir alguna nueva referencia y comprobar otras recogidas anteriormente.

La progresiva oxidación sobre las armas antiguas, cuando no están debidamente cuidadas, está haciendo verdaderos estragos en muchas colecciones particulares y hasta en determinados museos.

Estos fueron los apuntes:

1.—Pistola de sistema de chispa que, por sus características, es del si-



glo XVIII. Presenta la marca «BUS-OMS» en dos líneas y bajo una corona real. También ofrece la figura de la clásica cruz junto a varios signos que pretenden ser flores de lis, también en plata. Aunque esta estampa pudiera parecer, a primera vista, de uno de los armeros Bustindui, en razón a las primeras letras, tiene mayor posibilidad de que pertenezca o se corresponda con la que emplearon los armeros catalanes Busoms, de Ripoll (Gerona), entre los que cabría destacar a Eudal (1798-1811); Juan (1796-1805); o Manuel (1746-83), según datos registrados por el Instituto Suizo de Armas Antiguas.

Sin embargo, puede ser esta cuestión motivo de una investigación más profunda.

2.—Pistola de sistema de percusión a pistón, de avancarga, que presenta la siguiente inscripción: «EN EIBAR, POR PEDRO ARRIARAN, AÑO 1838» en caracteres incrustados de plata sobre el cañón.

3.—Pistola similar a la anterior que también ofrece en letras de plata la siguiente leyenda: «ANT. GUIASOLA, EN EIBAR, 1838». Este armero eibarrés adquirió gran renombre desde los últimos años del s. XVIII.

4.—Revólver, sistema «Lefauchaux» que presenta la siguiente inscripción grabada a punzón en la parte superior del cañón: «Fca. de G.º ZOLOZABAL. ERMUA». Por las características que tiene podría fijarse su construcción en la década de 1870. El tal Sorozábal, que nos era desconocido hasta ahora, ha pasado así a nuestros ficheros.

5.—Fusil de percusión a pistón, de avancarga, cuyo cañón lleva la marca «Y-RUS-TA» en vertical y bajo una corona real. Dicha estampa corresponde a la que empleó el maestro cañonista eibarrés Gaspar de Irusta, que se destacó entre los años 1790-1810, por lo que es presumible que el cañón del arma, que es donde está incrustada la marca, fuese de los de recomposición, que mediante la aplicación de la bombeta, se adaptaban del sistema de chispa al de pistón, como existen bastantes ejemplares.

La llave presenta el punzón de «O-DRI-OSO-LA» (Odriozola) escrita en vertical dentro de un óvalo, de cuyo armero ignoramos el nombre, aunque cabe la posibilidad de que se trate de un hijo o familiar de Ignacio de Odriozola, que actuó entre los años 1780-1808. Decimos esto porque el sistema de pistón se generalizó bastante años después de los que se han señalado.

6.—Escopeta de avancarga, sistema de percusión a pistón, que tiene el siguiente letrero grabado en plata sobre el cañón: «CONSTRUIDO POR PEDRO SARASQUETA EN VITORIA». Efectivamente, Pedro José de Sarasqueta fue maestro armero en Vitoria sobre los años 1844-50, y además de escopetas fabricaba también pistolas de cañones yuxtapuestos.



7.—Arcabuz de chispa. Sin duda es la más preciada y original pieza de la colección. Lleva, en oro, la estampa de «IRA-OLA» bajo una corona real, que debe corresponder a algún destacado artesano del linaje armero de los Iraola, Iraolagoitia o Iraolabeitia soraluzetarras. Sobre el cañón, también en letras de oro, la inscripción: «EN PLAZ<sup>a</sup> D GVIP<sup>a</sup>» (En Placencia de Guipúzcoa). La caja o culata contiene algunas partes talladas entre las que destaca una quimérica faz humana a modo de sol refulgente.

A este original ejemplar se le concedió «mención especial» en la exposición celebrada y organizada por el Ayuntamiento de Vitoria el año 1884, según el diploma que se conserva en la casa-torre de los Varona. Se dice en él que el arma es de fines del siglo XVI, dato que nos parece dudoso a la vista de su ejecución, inusual en aquel tiempo y porque, además, primaba a la sazón la llave de serpentín de mecha para el armamento de tropa y la del sistema de rueda para la caza y como objeto de lucimiento entre los nobles. Sin embargo, ya se había inventado para aquellos años el sistema de disparo que contiene este singular arcabuz, es decir, el llamado de percusión a chispa, que perduraría hasta mediados del siglo XIX.

Ante todos estos detalles, creemos más probable que su construcción tuviera lugar durante el s. XVII.

La particularidad más destacable es la de su llave, que permite que el funcionamiento del arma sea tanto de avancarga como de retrocarga. El cañón bascula sobre el conjunto de la llave, mediante una bisagra resistente, en cuanto se acciona una pequeña palanca o resorte, en la parte superior, que la desbloquea merced a un método que bien pudiera considerarse como antecesor del que doscientos años más tarde inventarían el inglés James Purdey y otros grandes armeros del siglo pasado, como el francés Casimir Lefaucheux entre otros, que se le atribuyen.

Y al ser basculante la llave ofrece otra novedad más: que es intercambiable con gran rapidez y facilidad el conjunto del rastrillo, cazoleta y cámara, de tal forma que al aplicar otro juego con carga incluida aventaja al proceso normal de avancarga en eficacia. Viene a ser todo este conjunto intercambiable —del que pueden tenerse varios— como el antecesor del cartucho o vaina, que aceleró la operación de carga. Tal idea, puesta en práctica en este original arcabuz, nos demuestra que su constructor sintió parecidas inquietudes que más de un siglo después animarían al suizo Jean Samuel Pauly, al francés Gavelot y algunos más, para conseguir mayor rapidez en la repetición del disparo de las armas de fuego mediante la utilización de cápsulas de retrocarga.

Pero aquí —y no es ninguna novedad— jamás se encargó nadie de registrar estas ingeniosas aplicaciones. Porque otro detalle, bastante importante,



que no debe escapar a la observación, es el de las letras incrustadas en oro mediante el procedimiento de ataujía, es decir, rellenando con el preciado metal los trazos previamente abiertos a buril y que, como ya dijimos en otra ocasión, es el antecedente del damasquinado en oro creado por los Zuloaga en Eibar; y prueba evidente también de que en siglos anteriores al XIX nuestros grabadores de armas practicaban por aquel procedimiento la incrustación del oro y la plata en el acero.

*Ramiro Larrañaga*

### LA BANDERA DE LOS VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD DE SAN SEBASTIAN

Probablemente habrá sucedido a bastantes donostiarras lo que me vino ocurriendo durante bastantes años al ver pasar al Cabildo municipal de San Sebastián en corporación con una bandera morada, cuyo origen y razón de ser ignoraba por completo.

Mi curiosidad aumentó hace algún tiempo cuando advertí que incluso dos componentes al menos de la misma Corporación municipal —amigos míos— tampoco lograban darme información alguna<sup>1</sup>. Se limitaron a decirme que era la bandera que llevaban a todas partes, pero que no sabían nada de ella, ni de cómo había ido a parar a la alcaldía.

Lo que sí se sabe es que se dice que no se conoce exactamente cómo fue la verdadera bandera municipal de San Sebastián<sup>2</sup> y, por consiguiente, también se sabe que esa querida bandera blanca con el cuadrado azul en el ángulo superior no es la del Concejo donostiarra, sino sencillamente la bandera matrícula de sus embarcaciones, creada por Ordenanzas en 1802.

En este caso ¿qué decir de esa bandera que pasean orgullosamente nuestros representantes, de color morado y con el escudo de la ciudad en su centro?

Para que el lector pueda conocerla mejor, y en todos sus detalles, le

---

1. Una empleada llegó a llamarla «el pendón de Castilla».

2. Sobre la bandera municipal se cuenta con una detallada documentación del año 1785, sobre cuya interpretación se originó una polémica, ya olvidada afortunadamente, en la que quizá jugó demasiado el prurito personal. Creo que la solución podría ser tan simple como la de confiar la interpretación del texto a los especialistas en heráldica, mejor que volver a hacerlo en la buena intención de un nuevo cronista o del erudito local de turno.







ofrezco la fotografía que hice en la Alcaldía donostiarra y así me evitaré su descripción<sup>3</sup>.

\* \* \*

La carta de identidad de esta bandera —llamémosla «morada», para abreviar— la encontré al estudiar las vicisitudes de la Guerra Civil (1833-40) en San Sebastián.

Pero el tema parece requerir una, al menos sucinta, ambientación histórica previa.

\* \* \*

Como se sabe, el 29 de septiembre de 1833, murió Fernando VII y, a los dos días, comenzó la primera reacción carlista.

El Capitán general que era entonces de Guipúzcoa —Federico Castañón— no recibió la notificación oficial de la muerte del monarca hasta la noche del 1 al 2 de octubre. Lo primero que hizo aquel responsable militar fue convocar a los dos alcaldes<sup>4</sup>, quienes —en plena madrugada<sup>5</sup>— le juraron fidelidad a la heredera niña doña Isabel II.

Sólo de esta manera, luego de contar el Capitán general de Guipúzcoa con la fidelidad del estamento civil donostiarra, se atrevería a disponer de su guarnición para partir hacia Bilbao y ayudar a sofocar la rebelión carlista que se había iniciado en la capital vizcana, con amenaza de extenderse a todo el País Vasco<sup>6</sup>.

El general Federico Castañón pudo disponer para ello de toda la tropa que se hallaba de guarnición en San Sebastián, merced además a que el Concejo donostiarra —acorde con su juramento de fidelidad, que ya lucía de antaño como mote en el escudo de la ciudad— se comprometió y formó para

3. Esta información que va a seguir se publicó, al menos en parte, en el *Boletín de estudios históricos sobre San Sebastián*, XIV (1980), 365 ss.; pero coincidió con la enfermedad de su director y al improvisado responsable de la publicación se le olvidó incluir la fotografía a la que también hacía referencia el texto del artículo.

4. MENDIZÁBAL, Joaquín, y ARZAC, José Fco., *Archivo Municipal de San Sebastián (A.M.S.S.)*: C-5-III-5-2. (Cfr. Antonio Recalde. *La alcaldía de San Sebastián. Boletín de Información Municipal de San Sebastián*, n.º 16, 3 ss.

5. Antes de hacerlo en forma solemne y ante todo el vecindario.

6. El capitán general informó a la ciudad atentamente: «habiendo explotado el volcán, que hace mucho tiempo se abrigaba en Bilbao, con motivo de la muerte de nuestro Augusto Soberano...; a objeto de retener y reprimirlos con mortificación y que no se repitan en otros puntos, salgo con la división y una pieza de artillería». (A.M.S.S.: C-5-III-5-2).



el día 3 de octubre el que se llamó «Batallón de la Guardia Nacional de San Sebastián» y «Batallón de los Voluntarios de Isabel II», todo al modo de las antiguas compañías municipales.

El general les sirvió al punto más de 200 fusiles, que guardaba en el castillo de la Mota, y así se formó el batallón de «300 hombres, perfectamente armados y equipados, con su correspondiente número de oficiales; habiendo elegido por su comandante al bizarro don Joaquín de Sagasti, teniente de fragata de la Real Armada, retirado y vecino de la ciudad».

La ciudad de San Sebastián aseguró el mismo día 3 de octubre al Capitán general, por boca de su alcalde primero:

«La fidelidad más acendrada a la Reyna, constante, inalterable, ha sido la divisa que siempre ha distinguido a esta ciudad.

V. E. mismo ha presenciado el entusiasmo, el júbilo universal con que este vecindario solemniza la jura de la excelsa hija primogénita y nuestra actual Reyna, la Señora Doña Ysabel Segunda...<sup>7</sup> y la adhesión más decidida y firme a su Augusta Madre, la Reyna Gobernadora<sup>8</sup>.

San Sebastián, esté bien seguro V.E., no desmentirá jamás el glorioso timbre que adorna su antiguo escudo de armas con el misterioso lema «Por Fidelidad, Nobleza y Lealtad ganadas», y seguirá siempre acreditando estos sentimientos a Su Majestad la Reyna Ysabel y, en nombre, durante su minoridad, a Su Majestad la Reyna Gobernadora»<sup>9</sup>.

Al mismo tiempo, la Real Junta de Comercio de San Sebastián armó igualmente dos trincaduras<sup>10</sup> con vecinos donostiarra para vigilar la costa contra los sublevados carlistas, en unión del bergantín de la Real Armada, el «Guardiana».

Y a fe que tal decisión de San Sebastián no dejó de ser arriesgada y aguerrida; pues todo ello fue decidido —como recordaría a los pocos días

---

7. Adviértase que Isabel II, si había sido jurada princesa de Asturias y heredera del trono el 20 de junio de 1833, no iba a ser proclamada reina de España hasta el 24 de octubre del mismo año. No obstante, la proclamación en forma solemne se hizo en San Sebastián el día 27 de octubre, a las 11 de la mañana. La alocución del alcalde en aquella ocasión fue impresa.

8. María Cristina de Borbón (1806-1878), cuarta esposa de Fernando VII, Princesa de las dos Sicilias y que dio a luz a Isabel el 20 de octubre de 1830.

9. A.M.S.S.: C-5-III-5-2.

10. A.M.S.S.: C-5-III-5-3. La trincadura era una lancha de ataje, de igual forma en proa que en popa, que, además de remos pateles, contaba con dos palos con velas al tercio, de las cuales la mayor era de más magnitud que el trinquete. Debía ser tripulada por gente robusta y muy hábil. Generalmente se dedicaron a la pesca; pero —como en este caso— se armaron con un cañón de grueso calibre.



el alcalde— «cuando casi desde nuestros muros se han oído los gritos desaforados que proclamaron la traición»<sup>11</sup>.

Según testificó más tarde el general Castañón, sin aquel decidido apoyo de todo el vecindario y Ayuntamiento de San Sebastián, no hubiera podido abandonar la plaza y los carlistas hubieran dispuesto libremente de la Diputación guipuzcoana, que estaba por turno en Azpeitia, vacilante y en pleno foco de la insurrección. El Capitán general pudo llegar a tiempo y reducirla a Tolosa, en donde además derrotó a los sediciosos el 22 de octubre<sup>12</sup>.

Por todo ello, el Capitán general de Guipúzcoa no pudo menos de declarar —el 29 de octubre— que los donostiaras eran «el único pueblo y autoidad de las Provincias Bascongadas que ha puesto un muro de bronce a la sedición, al terror y a la anarquía». Todo, porque «esta ciudad, proclamando a la Reyna, desafió a la audaz sublevación».

Y, luego de recordar que nuestro Concejo municipal llegó hasta abrirle sus arcas cuando precisó de dinero, especificó el Capitán general en la noticia que envió a la Secretaría de Estado, en su Despacho de Guerra:

«Sin descansar, se ocupó el Ayuntamiento (de San Sebastián) en alistar, formar compañías, armarlas, organizarlas y, ya el 10 (de octubre) empezó a dar servicios el Batallón, formado como por encanto, que tomó para sí el nombre de Isabel II, siendo —quizá— la primera fuerza que tuvo un apellido tan glorioso.

Hallándome en Tolosa, hubo que hacer una expedición a Irún y aquel Batallón suplió las plazas que no podía enviar la guarnición. Más tarde, envió una compañía entera a mis órdenes, que tuvo la gloriosa ocasión de ser la que más parte tomó en la acción de Ataun, que se encontró también en la de Hernani y de Amézqueta, y que, recorriendo la Provincia, ha dado gran prueba de su disciplina y sufrimiento y un ejemplo saludable de lealtad a los demás pueblos en que la rebelión ha paseado sus infames estandartes»<sup>13</sup>.

Aquel batallón de voluntarios liberales de San Sebastián fue luego organizándose repetidamente. Así, por ejemplo, en septiembre de 1836, contaba con 7 compañías (de 100 hombres fusileros, zapadores y granaderos) con don José Manuel Brunet como su comandante.

\* \* \*

Fue después que fracasara el segundo asedio carlista a Bilbao, en enero de 1837, cuando el Capitán general notificó a nuestra ciudad que la Reina

11. A.M.S.S.: C-5-III-5-2.

12. A.M.S.S.: C-5-III-5-3.

13. A.M.S.S.: C-5-III-5-2.



Gobernadora (María Cristina de Borbón), «queriendo dar un público y distinguido testimonio de su real aprecio a la benemérita Milicia Nacional de la M.N. y M.L. Plaza de San Sebastián, por haber sido la primera que se formó y organizó en España a vista de los rebeldes, habiendo conservado con la mayor decisión aquella Plaza mientras estuvo sin guarnición, batiéndose heroicamente dentro y fuera de ella diferentes veces y perdiendo muchos de sus individuos para sostener los derechos de su augusta... Reyna doña Isabel II y libertades patrias», les pasaba a regalar «una bandera ricamente bordada a costa de la asignación que disfruta Su Majestad en concepto de Reyna gobernadora y como una pequeña prueba de los gratos que le han sido los servicios prestados». Y añadía, como cláusula final práctica: «Su Majestad se promete que, al recibir esta noble enseña y real carta autógrafa que la acompaña, renovarán sus esfuerzos los valientes de San Sebastián para morir, si necesario fuere, por la Reyna y por la libertad de la Patria, antes que sucumbir al ominoso yugo del bando rebelde y enemigo de las luces»<sup>14</sup>.

Pero Santander debió de sentir celos —quizás— y discutió a San Sebastián aquella primacía en haber servido con voluntarios a la causa liberal, como acababa de testimoniar la propia Reina Gobernadora. Y de semejante actitud santanderina se conserva constancia en el archivo municipal de San Sebastián:

«El señor alcalde Amilibia dijo —en la sesión municipal del 18 de febrero de 1837<sup>15</sup>— que, habiendo visto en la Sesión de Cortes de 13 de enero una proposición de los Diputados por la Provincia de Santander, que entre otras cosas dice que dicha ciudad fue la primera que se pronunció por la Reyna el 6 de octubre de 1833...».

Por ello dejaron nuestros munícipes constancia —en la misma sesión— de la caución que habían de tomar sus procuradores en Cortes:

«Se ha ocupado el Secretario (del Ayuntamiento) en coordinar los documentos de aquella época, en la que aparece que esta ciudad (San Sebastián) se pronunció el 3 y 5 de octubre, por lo que y para no perder el mérito que tiene esta Milicia, calificada por primera en todo el Reyno en la Orden de la Bandera que Su Majestad regala, ha suplicado a los señores Diputados por esta Provincia, con remisión de los documentos, y hagan de ellos el uso conveniente en su caso, para que no se prive a esta ciudad de la gloria de ser la primera que se pronunció en 1833»<sup>16</sup>.

En tres fechas habían aventajado los donostiarra a los santaderinos en

14. A.M.S.S., *Libro de actas*: 28.I-1937.

15. A.M.S.S., *Libro de actas*: 18-II-1837.

16. *Ibidem*.



probar con hechos su fidelidad a la reina, que entre bravos se miden mucho esas cosas, ya se sabe.

Mas aquella bandera prometida —cuyo vestigio nos interesa seguir ahora— no llegó a San Sebastián hasta el 2 de junio de 1837<sup>17</sup> y, luego, hubo de permanecer guardada en la Casa consistorial a causa de que las compañías de tan bravos milicianos, a quienes venía destinada, no se hallaban suficientemente bien uniformadas como para hacerles la entrega de ella. Y no lograron que les pusieran a punto de galanura<sup>18</sup> hasta las navidades de aquel año, que fue cuando se les entregó al fin su bandera, tras haberla bendecido en la parroquia matriz de Santa María. Con tal motivo, el Ayuntamiento entregó al Batallón de Voluntarios 1.500 reales «para que los inviertan en lo mejor que les pareciere»<sup>19</sup>; pero lamentablemente no consta cuáles fueron las preferencias de aquellos bravos donostiarras.

\* \* \*

Aquella bandera se guardó luego, en tiempos de paz, en la Casa Consistorial —como se guardaban las armas y pertrechos de las milias municipales— y en ella la hemos encontrado, aunque olvidada ya su gloria por muchos de los donostiarras actuales.

En 1902, recordaba aún perfectamente la honra de aquella bandera morada el publicista «Mendiz-Mendi»<sup>20</sup>:

«Pruebas elocuentísimas tiene dadas San Sebastián de ser una de las poblaciones más amantes de la Libertad. La idea liberal se ha mostrado aquí siempre vigorosa.

Quando a la muerte de Fernando VII, el bando absolutista se declaró rebelde contra el naciente trono de Isabel II, la ciudad de San Sebastián fue la primera población de España que inició y constituyó el primer cuerpo de voluntarios que, al grito de España liberal, en defensa de la Libertad había de derramar tanta sangre.

Los hombres de aquella ínclita milicia, de donde nació el valeroso batallón de *chapelgorris*, compuesta de puñados de héroes, fueron los que inspirados en los más sanos principios, que son los mismos que

17. Fue portador de ella don Ignacio José de Goyburu, abanderado del mismo Batallón de la Milicia Nacional (o Voluntarios de la Libertad). «Inmediatamente fue conducida y depositada en esta tan gloriosa en estas Casas Consistoriales; porque todos los Templos están en Almacenes y Hospitales...» (A.M.S.S., *Libro de actas*: 3-VI-1837), por motivo de la primera guerra carlista.

18. Por decirlo todo, quedó constancia también —en torno al día de los santos Inocentes de aquel año— de que no se habían pagado aún los uniformes «porque monta a una cantidad muy subida».

19. A.M.S.S., *Libro de actas*: 16-XII-1837.

20. Creo que el seudónimo correspondía a Francisco López-Alén.



hoy (1902) conserva y defiende con igual entusiasmo nuestra población, dieron sus vidas en lucha encarnizada...

Era tal la admiración que en todas partes producía el glorioso batallón que la reina gobernadora, madre de Isabel II, participando de tales entusiasmos, hizo al cuerpo de la milicia nacional donostiarra el regalo de la preciosa bandera que actualmente se conserva en el Ayuntamiento<sup>21</sup>.

Este pendón fue entregado en Madrid a don Joaquín María Ferrer<sup>22</sup> para que a su vez, por mediación de don Ignacio José de Goiburu, fuese traído el real obsequio a esta ciudad...»<sup>23</sup>.

Igualmente otros escritores la recordaron a comienzos de siglo y fue expuesta repetidamente en las muestras históricas que se organizaron en nuestra ciudad.

Por eso resulta bastante difícil de justificar el olvido en que nuestros días han sumido a esta bandera de nuestros mayores.

Porque aún durante el quinquenio de la II República se la recordaba y admiraba, denominándola con su verdadero nombre de «la bandera de los Voluntarios de la Libertad» y cuidando mimosamente de su conservación<sup>24</sup>.

Durante el período aquel republicano, también nuestra Corporación municipal gustaba llevar la tal bandera en sus salidas oficiales<sup>25</sup>. Así, en la sesión que celebró el Concejo el 25 de octubre de 1933 se acordó acudir a la asamblea que gestoras y ayuntamientos iban a celebrar en Vitoria<sup>26</sup> con la banda municipal y «con la bandera de los voluntarios de la libertad»<sup>27</sup>.

\* \* \*

Al analizar la bandera —en mi artículo anterior— escribí: «Conviene advertir que la tela morada ha sido cambiada en algún momento (como se

21. Adviértase cómo se conservaba en la casa consistorial.

22. Joaquín María de Ferrer (nació en Pasajes, en 1777) fue político y diputado a Cortes en las de Cádiz de 1820. Al ser condenado a muerte por Fernando VII y su absolutismo, logró exiliarse, aprovechando el momento para editar la *Historia de la Monja Alférez*. Vuelto a España, siguió participando en la política, llegando a Ministro de Estado con Espartero e incluso a regir efímeramente la Presidencia del Gobierno.

23. *La Voz de Guipúzcoa*, 1. V. 1902.

24. Cuando redacté el artículo anteriormente citado, no había encontrado aún estos testimonios intermedios entre 1837 y nuestros días, que legitimaran mi sospecha de que se tratara de la misma bandera.

25. Seguramente porque ya se había perdido la memoria de la auténtica bandera del Concejo de San Sebastián.

26. Acudieron el alcalde y un representante por cada minoría del Cabildo municipal. La reunión tendría lugar el domingo 29.

27. *A.M.S.S., Libro de actas: 25-X-1933.*



nota por algunos restos), mudando el tejido aterciopelado inicial por otro más barato. Sobre ella se volvieron a colocar los escudos y atributos bordados que estaban en la primitiva bandera»<sup>28</sup>.

Ni que decir tiene que la satisfacción ha sido plena al haber podido probar luego tal suposición de entonces con un testimonio tan elocuente como oficial.

Ocurrió que cuando se pensó en llevar la bandera a Vitoria —en octubre de 1933— debieron de advertir con mayor claridad que la bandera se había deteriorado algo con el paso de sus 96 años cumplidos y el alcalde, don Fernando Sasiáin<sup>29</sup>, redactó el mismo 28 de octubre —la víspera de salir hacia la Asamblea de Vitoria— una moción, que presentó al Ayuntamiento:

«El alcalde que suscribe tiene el honor de presentar a la consideración de V.E. el hecho de que la Bandera de los Voluntarios de la Libertad carece de vitrina y de lugar adecuado para su colocación y conservación.

Y segundo, el que su actual estado reclama pequeños arreglos para su mejor y más perfecta conservación.

Fundado en estas consideraciones, la Alcaldía se permite proponer al Excmo. Ayuntamiento se sirva acordar que en lo sucesivo la Bandera de los Voluntarios de la Libertad, después de ser objeto de pequeños arreglos, sea trasladada al Museo de San Telmo y colocada en él, en una vitrina que al efecto habrá de construirse; de forma que así, en este lugar podrá estar debidamente custodiada, conservada en buenas condiciones y expuesta como recuerdo histórico de su alta significación.

V.E., sin embargo, acordará lo que estime más procedente y acertado.

San Sebastián, 28 de octubre de 1933.

El Alcalde, Fernando Sasiain»<sup>30</sup>.

Y el Ayuntamiento aquel aprobó por unanimidad la moción, añadiéndole el carácter de urgente, y —por indicación del concejal José Imaz— se acordó también dar el mismo trato a la bandera del almirante Oquendo.

El perito de aquellas labores debió de mudar los presuntos «pequeños arreglos» en el cambio definitivo del tejido básico que ahora se advierte.

Hoy la Bandera de los Voluntarios de la Libertad está bien conservada,

28. *Boletín de estudios históricos sobre San Sebastián*, XIV, 365.

29. Abogado donostiarra y jefe del partido republicano federal en nuestra ciudad, que había presidido la famosa reunión del Pacto de San Sebastián (17-VIII-1930).

30. *A.M.S.S., Libro de actas: 2-XI-1933.*



en el despacho de la alcaldía, a la izquierda de la mesa presidencial, pero sin vitrina. La del almirante Oquendo, sin embargo, se guarda en su casa-museo, en la falda del Ulía, en su correspondiente vitrina.

\* \* \*

Una vez aclarados el origen y vicisitudes de la bandera que tan dignamente ganaron aquellos bravos y fieles donostiarros de 1833 —con perdón de los carlistas, claro— sólo nos queda tratar de interpretar el contenido de ella.

Para tal fin consulté al Servicio Histórico Militar —en su Ponencia Heráldica— que satisfizo muy amablemente mis preguntas.

Según la respuesta de la Ponencia Heráldica<sup>31</sup>, solía ser propio de las Unidades de Milicia de la época —como fue la donostiarra— que portaran el escudo real en el centro de la bandera y en sus esquinas el de la ciudad originaria de la Unidad. Ahora, al tratarse de esta bandera donostiarra, en que precisamente están situados inversamente tales componentes —es decir el de la ciudad de San Sebastián en el centro y los de los reinos (Castilla, León, Navarra y Aragón) en los ángulos— es lícito suponer que tal distinción se debiera a la disposición en que Su Majestad concedió la bandera a nuestra Milicia voluntaria.

Los ornamentos que aparecen al pie del escudo de San Sebastián —como cañones, tambor, ancla y granadas— son meros añadidos exteriores al escudo, denominados «atributos» o «trofeos» militares, que son consecuentes por otra parte a una ciudad, como la nuestra, que era plaza fortificada y puerto de mar.

La interpretación de las tres banderas que aparecen tras cada león resulta excesivamente aleatoria, dado el estado en que se halla su bordado original. Podría aventurarse, quizá, la hipótesis de que la del fondo correspondiera a la bandera concejil —que entonces aún podría ser recordada—, la del medio a la de la monarquía española y la más próxima a la de la matrícula de marina (aunque con el cuadrado azul invertido, que resulta inexplicable).

En cuanto al color morado de la bandera conviene saber la respuesta del informe a mi pregunta de si se trataba del color reservado a la realeza<sup>32</sup> fue la de que, «si bien por privilegio u otras circunstancias, muchas unidades usa-

31. Informe n.º 792 (21-XI-1979).

32. Así me la había afirmado un concejal de nuestro Ayuntamiento, que me fue presentado como erudito en estas cosas.



ban banderas de color morado, no podemos justificar que ese color era el de la realeza»<sup>33</sup>.

\* \* \*

Como se ve, pues, la bandera morada que regaló la Reina Gobernadora causó tal impacto en nuestros concejantes del siglo XIX liberal que acabaron por hacérsela suya en vez de los vecinos voluntarios. Por otra parte, la proliferación desde 1802 de la bandera marítima —azul y blanca— en los mástiles de nuestros barcos y balandras, así como luego en los otros mástiles de la playa, hizo que ésta se popularizara en grado sumo.

De modo que, mientras el vecindario se acostumbró a la azul y blanca, la Corporación municipal se encaprichó de la morada y entre ambos olvidaron la bandera concejil de siempre, la que había sido hasta entonces enarbolada con heroicidad, con victoria y con sangre a lo largo de muchos siglos de nobleza, lealtad y fidelidad.

Y así seguimos.

*Luis Murugarren*

---

33. Por su interés y en atención al trabajo de investigación que supone la calidad de la respuesta del Coronel jefe de la Ponencia de Heráldica, permítaseme transcribir su respuesta a este punto: «Como de gran interés son sus preguntas, no menos lo ha sido nuestra investigación... Referente a si el color MORADO es propio de la realeza, consideramos que no, por las siguientes razones, entre otras, y porque este tema ha sido muy tratado por insignes escritores, como son Cánovas del Castillo, Adolfo Carrasco, Cesáreo Fz. Duro, etc.

Su color es el GRANGE (dícese del color rojo que resulta de teñir los paños con la raíz de la rubia o granza), comunmente conocido por CARMESI.

Hay que partir de 1707, época de Felipe V (Casa de Borbón), si bien tampoco se usó como color de la realeza en la Casa de Austria.

La Ordenanza del citado año reglamenta que todas las Unidades usen bandera BLANCA, Ordenanza que subsiste hasta el reinado de Isabel II, en 1843, en que se determina sea roja, amarilla y roja. Con anterioridad, Carlos III, en 1795, decretó los mencionados colores para su Armada Real.

Cierto que Cuerpos como Artillería e Ingenieros usaron en distintas épocas bandera especial, a petición de los mismos, de color MORADO. Igualmente es cierto que la Reina Doña M.<sup>a</sup> Cristina de Borbón, esposa de Fernando VII, entregó a un Regimiento o Cuerpo de cada Arma o Instituto, bandera MORADA (1831). También lo hizo Doña Isabel II, regalando enseñas rojas y amarillas a las unidades más antiguas de cada Cuerpo o Instituto (1843).

En el Museo del Ejército existen banderas y estandartes de Unidades pertenecientes a la Guardia Real o Casa Militar, de distintos colores: rojo, verde, violeta, blanco, azul y MORADO. Este último el menos usado y el blanco el más. Consideramos, pues, que nunca fue morada la Enseña Real, sino CARMESI...».

Desde luego que da gusto trabajar en la investigación histórica cuando se tiene la suerte de contar con una colaboración de tal altura y servicialidad.



UN OÑATIARRA, JUAN DE MADINAVEITIA (1861-1938),  
FUE EL CREADOR DE LA GASTROENTEROLOGIA EN ESPAÑA

El día 26 de septiembre de 1981, con el título «Vida y Obra del Doctor Madinaveitia», el joven médico Daniel Zulacia Aristi, zarauztarra, especialista en Medicina Interna, vinculado a dicho Departamento en la categoría de Médico Adjunto en la Residencia Ntra. Sra. de Aránzazu de San Sebastián, defendía su Tesis Doctoral, dirigida por el Dr. D. Manuel Vitoria Ortiz, encargado de la disciplina de Historia de la Medicina, en la Facultad de Medicina de Bilbao, Universidad del País Vasco, y bajo el asesoramiento del Profesor D. Juan Antonio Paniagua Arellano, Agregado de la misma en la Universidad de Navarra, que le valió la calificación unánime del Tribunal de «Sobresaliente cum laude», por la Universidad de Navarra.

Este trabajo que viene a enriquecer el conocimiento del pasado histórico-médico vasco, tarea que por otra parte acaba de comenzarse a realizar de un modo oficial en nuestro país desde la reciente creación del Instituto de Historia de la Medicina Vasca, bajo los auspicios de esta Sociedad Bascongada, a los cuales me honro en pertenecer, y del que son motores principales el Profesor don Luis Sánchez Gránjel, Catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Salamanca, y D. José Luis Goti Iturriaga, es el que voy a tratar de desglosar en éstas páginas, aunque anteriormente se haya hecho referencia al mismo en el Artículo del Diario «Deia» de 25 de noviembre de 1981, en un artículo mío publicado con el mismo título en «El Diario Vasco» de 26 de noviembre de 1981, y en el número de febrero de 1982 de la revista «Muga», sintetizado por el propio Daniel Zulaica.

Como el título de la obra indica, divide el doctor Zulaica la misma en dos grandes apartados. En el primero de ellos, referente a la vida de don Juan, vemos que nació en Oñate el 18 de abril de 1861, siendo el primer hijo varón del matrimonio formado por Emeterio Juan Javier de Madinaveitia Ugarte<sup>1</sup>, Propietario y Caballero Maestrante de Ronda, y María Carmen Ortiz de Zárate y Uclay<sup>2</sup>, naturales y vecinos de Oñate, y originarios de su barrio de Araoz. Los Madinaveitia presentan expedientes de hidalguía en 1690, 1776 y 1777. De los siete hijos del matrimonio destaca, además de don Juan, José, médico también, destacado socialista, a cuya figura está dedicando actualmente su estudio concienzudo Daniel Zulaica.

Don Juan, educado en el seno de una familia de talante liberal, venida a menos económicamente, emigra por este motivo a trabajar a Buenos Aires, en un comercio, de donde regresa a los 16 años a Oñate, comenzando el

1 y 2. Datos corregidos por nuestro llorado amigo D. José María Aguirrebelzebegui, recientemente desaparecido, incansable promotor, entre otras actividades, del Archivo de Protocolos de la Universidad de Oñate.



Bachillerato, que finaliza en el Instituto de Enseñanza Media de San Sebastián el 16 de junio de 1880, con la calificación de Sobresaliente en el Examen de Grado, expidiéndosele el título del mismo el 27 de agosto, por la Universidad de Valladolid.

En octubre de 1880 comienza el Primer curso de Medicina en la Universidad de Valladolid, y, en noviembre de 1882, se traslada a Madrid para continuar la carrera realizando el Examen de Grado de la misma el 21 de junio de 1886 con la calificación de sobresaliente. El 12 de marzo de 1889 obtuvo el grado de Doctor siendo Letamendi el presidente del tribunal, con el tema: «Pronóstico de las lesiones valvulares crónicas», calificada de sobresaliente.

Acabada la carrera siente la nostalgia de su tierra natal y vuelve a Oñate, donde ejerce la Medicina Rural cerca de dos años, en los que por diversos testimonios sabemos que se acreditó como buen médico y de bastante popularidad, mostrando cierta rebeldía contra los convencionalismos sociales que no cuadraban como heredero que era del título de Propietario y Caballero maestrante de Ronda. Esta práctica de la medicina no termina de seducirle y decide volver a Madrid, donde interviene el 18 de febrero de 1899 en su Academia Médico-Quirúrgica, leyendo poco después su Tesis Doctoral.

El 22 de diciembre de 1890 se casa en la Iglesia de San Martín con Dolores Tabuyo y Muro, natural de Rentería, y el año 1893 publica sus dos primeros artículos en *El Siglo Médico* y asiste con asiduidad a las sesiones de la Academia Médico-Quirúrgica.

En enero de 1892 obtiene por oposición la plaza de Profesor de la Sección de Medicina en el Hospital Provincial de Madrid, contando a la sazón 31 años. Se le adjudicaron las salas 26 y 27, ambas de hombres.

Solicita y le es concedida, una consulta de enfermedades del estómago, prestando atención al laboratorio como auxiliar de la clínica en los análisis de jugo gástrico.

A comienzos de este siglo el Servicio del doctor Madinaveitia era ya un centro prestigioso, y entonces se incorpora otro discípulo suyo famoso, Nicolás Achúcarro, habiéndolo hecho antes Luis Urrutia.

Con las reformas de la enseñanza de la Medicina en este momento, que trataban de utilizar los distintos hospitales de Madrid para la enseñanza práctica de las asignaturas de la licenciatura, el doctor Madinaveitia recibe dos nuevas salas: la 31 y la 32.

Se incorporó a la docencia universitaria en la cátedra del profesor Amalio Gimeno, que sucedió a Letamendi en octubre de 1898 (ver Francos Rodríguez, J. «El Dr. D. Amalio Gimeno Cabañas». *El Siglo Médico*, 67 —1920—),



quien fue ministro en ocho ocasiones, y médico titular del Balneario de Cestona en Guipúzcoa.

Alvarez Sierra, uno de sus discípulos, le define así: «Poesía unas barbas apostólicas, porte de gran señor; gestos de patriarca bíblico, sugestionaba a los enfermos y los estudiantes sentían por él profunda veneración».

Entre sus discípulos son de destacar: *Luis Urrutia y Guereza*, nacido en San Sebastián el 3 de marzo de 1876 que se inició en la medicina acompañando en la práctica médica veraniega de San Sebastián a Madinaveitia, licenciándose en junio de 1899 y doctorándose en Madrid en 1900 con el tema: «Paraplejas espasmódicas». Ejerce desde 1901 hasta 1924 en San Sebastián la especialidad de digestivo, a la que fue empujado por Madinaveitia. En 1913 empieza a combinar la cirugía con la práctica médica en aparato digestivo. En 1924 parte a Madrid, donde trabaja en el Instituto Madinaveitia hasta 1929 en que lo abandona por alguna desavenencia con Juan Manuel, hijo de don Juan. Fallece el 21 de junio de 1930 a los 54 años.

Otro de sus discípulos, *Nicolás Achúcarro*, nace en Bilbao de 1880. Estudió en Zaragoza y Madrid siendo un alumno brillante. Conoció a Madinaveitia entre 1900 —fecha en que vuelve de Alemania— y 1903. Por Madinaveitia y Giner conoció a Simarro, a quien debería su definitiva orientación hacia la histología. Trabajó en París con Pierre Marie, en Florencia, Munich y en 1908 va a Washington hasta 1910. Obtiene en 1909 una plaza en el Hospital Provincial de Madrid, donde a partir de 1910 se hace cargo de una sala, colaborando más estrechamente con don Juan. Se inicia en el estudio de las enfermedades nerviosas. En 1911 trata a don Juan, y cuatro años más tarde los papeles se invierten, desde las dolencias que empieza a sufrir en 1913. Murió en Neguri (Vizcaya) el 13 de abril de 1918, a los 37 años.

Don Juan —como maestro suyo— firmó la solicitud de reincorporación de Gregorio Marañón al Hospital, a raíz de su destitución en la dictadura de Primo de Rivera.

Entre sus amistades hay que destacar al *Dr. Luis Simarro*: ambos colaboraron en un *Vademécum*, y fueron vecinos desde 1903.

Su talento científico según Cortezo y López Prieto, quedó malogrado por su falta de producción escrita y la enorme dispersión de su actividad.

En 1917 tuvo lugar su elección como Gran Maestre de la masonería española, a pesar de lo cual don Juan era su amigo. Simarro al morir le nombró su albacea el 18 de junio de 1921, para la fundación de un laboratorio de Psicología experimental.

Juan Ramón Jiménez, el doctor Francisco Rodríguez Sandoval, Miguel



Gayarre, Joaquín Sorolla, de quien don Juan fue el médico de familia, y el especialista en Filosofía del Derecho, Francisco Giner, se contaron también entre sus amistades.

Don Juan pasaba los veranos en San Sebastián, en donde conoció a su esposa. Solía abrir su consulta para atender a su numerosa clientela. Construyó el chalet «Aisetzua» en Ayete, proyectada por el arquitecto Paco Urcola, el cantero Pello Maíz Echarte y el propio Madinaveitia.

Don Juan poseía una gran personalidad, mirada penetrante; era alto, y de voz grave y entonada. Vestía con gran elegancia y se tocaba con un sombrero de fieltro flexible de ala grande. De carácter fuerte y gran bondad, no ambicioso; su intervención en el Ateneo de Madrid en el primer semestre de 1902, cuando se discutió el tema «la cuestión social» fue, participando con el grupo de los anarquistas, en los que se encontraban entre otros Ramiro de Maeztu, Azorín, Soledad Gustavo, Elisa Morros y Federico Urales; esta atracción por el credo anarquista la señala Sánchez Granjel como típica de los de la generación del 98.

De carácter muy abierto, tranquilo, enérgico y modesto, por lo que rehuyó toda clase de nombramientos. Su mayor afición la constituía el arte.

Muy respetuoso, políticamente era republicano, pero el rey, hasta que ocurrió el desastre de Annual, le mereció un gran respeto.

En una conferencia pronunciada por él en el Ateneo madrileño el 9 de octubre de 1919, titulada «El momento político actual», señalaba que el sistema burgués de enseñanza era nocivo para la ciencia porque sólo pueden acceder a estudios las clases más altas. Es defectuosa la justicia, continuaba, porque en una sociedad donde el dinero lo representa todo, aquélla se supe-dita a éste.

Era un francófilo furibundo en cuanto a política internacional. En la polémica de 1915 tomó parte por los aliados. Se mostró hostil a los movimientos nacionalistas al igual que Baroja, Maeztu y Unamuno. Internacionalista, y aunque amante de su tierra, no albergaba sentimientos favorables hacia el naciente bizkaitarrismo.

Federica Montseny y Juan Negrín, políticos relevantes del momento, tuvieron en gran estima a don Juan. La primera quiso nombrar subsecretario de Sanidad a Madinaveitia, al ser nombrada Ministro de Sanidad, cargo al que se negó por su avanzada edad.

A su muerte Negrín escribió su epitafio.

En cuanto a religión era agnóstico, pero tenía un gran respeto y tolerancia por las ideas de los demás. A este respecto señala Vara López que era un escéptico, no sólo en religión, sino en otras muchas facetas de su vida.



Poco hablaba de sí mismo, y nada de su padre, probablemente por la vida poco ejemplar de éste. De todos sus hermanos al que más quería era a José. Muy patriarcal, influyó grandemente en la educación de sus hijos, estando, a pesar de sus ideas, todos ellos bautizados. Estudiaron en el Instituto-Escuela.

Antonio, el mayor, fue un farmacéutico prestigioso, Catedrático de Química Orgánica de la Facultad de Farmacia de Madrid en 1916, pasando a México donde fue Profesor de Química en la Universidad Nacional Autónoma.

Carmen, casada con Américo Castro.

Juan Manuel, fundador en 1925 del Instituto Madinaveitia junto con Mogená, Urrutia y Carrasco, dirigiéndolo hasta 1935. Con él practicó don Juan el método que propugnaba para tratar la fiebre con baños de agua fría y que suscitaron las críticas de algún compañero.

José, médico, no ejerció; destacado socialista, fundador junto con Nicolás Urgoiti, Pepe Sánchez Banús, Rafael Fraile y Enrique Carrasco Cadenas de la revista «Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades» de orientación fundamentalmente bibliográfica y que les permitió crear una editorial bautizada con el nombre de Paracelso.

Como escribe Ignacio Olábarri en las «Relaciones laborales en Vizcaya» (1890-1936), junto con el poeta Meabe, íntimo amigo suyo, tuvo un importante papel en la difusión del socialismo y una influencia decisiva en la promoción de Indalecio Prieto en la política del partido. Murió en 1922.

Luis murió en septiembre de 1912, a los 13 años, durante una epidemia de tifus.

Don Juan, de carácter severo y blando a la vez, raramente hablaba de los enfermos fuera del Hospital. Era muy metódico en todo.

A sus hijos y nietos les enseñó a ser desprendidos.

Era un amante del sol y de la naturaleza, recomendando a sus enfermos las curas de sol, y fue uno de los introductores del esquí en el país. Otras aficiones suyas eran el mar y la horticultura.

Le gustaba mucho viajar, lo que aprovechaba para visitar clínicas de las diferentes capitales europeas.

Gran aficionado y entendido en pintura, y como amigo de Sorolla, poseía varios cuadros pintados por él.

A pesar del prestigio que tenía con su clientela particular, a primeros de siglo abandonó prácticamente ésta, viendo sólo a dos enfermos por tarde,



y si alguno quería ser visto antes lo mandaba a la consulta pública del hospital.

Durante el verano de 1910 realizó don Juan un viaje por Escocia en compañía de su hijo Antonio. Un día se despertó con una picadura en el cuello, que luego se infectó. A su vuelta a San Sebastián presentaba dolores lumbares, siendo intervenido por don Benigno Oreja en el propio despacho de don Juan en «Aisetzua», operación que resultó muy accidentada, pues durante la misma la mesa se rompió, cayendo el cuerpo de don Juan al suelo con gran estrépito y teniendo que continuar el doctor Oreja la operación en el suelo. Se encontró un absceso perirrenal en el lado izquierdo.

Fue operado de nuevo en el Sanatorio del Rosario hacia 1911 por Goyanes, de un absceso entre la columna vertebral y el riñón izquierdo.

Tampoco le sanó éste, siendo tratado por su amigo Achúcarro, quien según su nieta Carmen Castro le curó con una medicina que trajo de Inglaterra.

Se incorpora de nuevo al Hospital a primeros de 1912, coincidiendo con la inauguración de sus nuevas salas.

De resultas de tales intervenciones y los varios episodios embolígenos que tuvo hacia 1916 ó 1917 en una de las extremidades inferiores le quedó una ligera cojera, y por ello le subían en parihuelas, ya que el ascensor no funcionaba bien del todo.

El 3 de junio de 1927, sintiéndose cansado, solicita del decano su cese como Agregado. La Junta de la Facultad le responde en 24 de junio, instándole a que si su salud lo permite, continúe en el cargo.

Poco antes del mes de abril de 1931, fecha de su jubilación reglamentaria, se retiró calladamente, como quería, dejando sus salas a su discípulo García Peláez.

Siguió asistiendo al Hospital, cada vez con menos asiduidad, hasta junio de 1936.

En 1931 fue presidente de honor del I Congreso Nacional de Patología Digestiva celebrado en Valencia, y en 1933 lo fue del II celebrado en Barcelona.

El 13 de enero de 1934 se inscribió en el Colegio Oficial de Médicos de Madrid, que antes no había hecho pese a las veces que se le requirió, ya que desde 1898 don Juan se oponía a la colegiación.

El 30 de junio de 1936 marchó a San Sebastián, y de aquí a San Juan de Luz, muy pocos días antes de la toma de la ciudad, a bordo de un buque francés que llegó allí a recoger a algunas personas notorias, con sus nietos e hija Carmen. Permanecieron hasta octubre de 1937 en una modesta casa



de Hendaya-Playa, marchando en esta fecha a París don Juan, su mujer, su nuera María Luisa y sus dos hijos. Aquí residieron en un piso que les preparó su hijo José, en Square Rocamadour (Bol. Suchet). En 1938 vuelve a Barcelona, pues quiere ayudar a la República, con su nieto. Aquí fue decayendo progresivamente y, el día 19 de noviembre, ingresaba gravemente enfermo en la clínica del doctor Puigvert, muriendo a las 30 horas de su hospitalización. Su amigo Gallart Monés realizó su certificado de defunción, que ocurrió el 21 de noviembre de 1938, el 28 de junio de 1940 en Barcelona.

Don Juan había expresado su deseo de ser enterrado en una fosa común, pero su hijo Antonio no quiso que así fuera y fue inhumado en un nicho del cementerio de Barcelona. Su epitafio lo escribió Juan Negrín, que había sido discípulo suyo.

ANALIZANDO SU OBRA, vemos que, como tantos hombres de su generación, don Juan Madinaveitia se preocupó más por enseñar que por publicar. Esto, que es una tradición de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, trae como consecuencia una obra escrita exigua, prácticamente concluida en 1910.

De su LABOR CLINICA: Marañón lo señala como representado dentro de la generación del 98, junto con Cajal, Olóriz, Sañudo, San Martín, Simarro y Giner de los Ríos. A ella se debe la transformación de la ciencia española: aplicación exacta y minuciosa al estudio de los síntomas y de su interpretación; la anatomía pratológica, creando los grandes sistemas de lesiones; el conocimiento exacto de las etiologías, sobre todo de las infecciosas. Dice Marañón: «Madinaveitia dio a nuestra actividad, en lo estrictamente clínico, aquella orientación severa de respeto a la observación de la naturaleza, que será siempre, fuente inagotable del progreso de la medicina» y amplía en otro escrito: «Madinaveitia representaba la tendencia anatomística alemana, la valoración directa, seca, a veces excesivamente seca, del detalle clínico. Manejaba y maneja, el arte de la exploración».

Su obra revolucionaria la realizó en el Hospital Provincial, inaugurando la primera escuela de Semiología moderna en España. Fue el primer médico del Hospital, y probablemente el primero de los centros científicos de Madrid que empezó a hacer autopsias sistemáticamente.

Si hubiera que adscribirlo a un grupo, tendríamos que encuadrarlo en la clínica pura. Construyó, anejo a las salas, un local para laboratorio, que servía a la vez como aula, y en él se realizaban análisis de rutina a todos los enfermos ingresados, en una época en que esto se llevaba a cabo en unos centros del país.

Renovó las salas del Hospital, transformándolas en amplias y dignas, tarea que emprendió con sus medios particulares. Estas salas se inauguraron



el 29 de enero de 1912. Al año siguiente construyó el quirófano del Servicio, independizándose Carlos García Peláez. Compró de su dinero un nuevo aparato de rayos para el hospital, de cuyo manejo encargó a su hijo Juan Manuel. A la vez instaló otro en su casa para la consulta privada.

Hacia 1916 comienzan a trabajar en él Heliodoro Mogena y González Duarte, además de Calandre, Sánchez Banús y otros; y se comienzan a hacer electrocardiogramas.

Además de preocuparse de que sus enfermos estuviesen bien instalados, exigía en sus salas la limpieza más absoluta y que la alimentación de los enfermos fuese decente.

A primeros de siglo, y ante la pobreza de medios diagnósticos de que disponía en el hospital donde no podía realizar estudios anatomopatológicos, decidió construir un laboratorio sobre el que edificó su propia vivienda al siguiente año. Según la descripción del arquitecto, la casa tenía dos plantas y un sótano. En la planta baja estaban el laboratorio, su consulta y el garage. La valoración de la casa ascendió a 15.000 pesetas, según el mismo documento. En él, uno de los pocos centros de investigación de la época, y germen de otros más avanzados, trabajaron: Simarro, Achúcarro, Gayarre, Sandoval, Fraile, Sima, Lafora, Sacristán, Martínez Sierra, Alvarez Rodenas, Enrique de Mesa, Merino y otros muchos.

Pero no sólo acudían médicos y alumnos de Medicina; Juan Ramón Jiménez, Sorolla y muchos institucionalistas acudían a las tertulias científicas y literarias que se celebraban allí.

Durante varios años funcionó el laboratorio, pero progresivamente fue decayendo su actividad. Una de las causas que contribuyeron a su declive fue la creación de la Residencia de Estudiantes en 1910 y de sus laboratorios en 1912 a los que se pasaron un buen número de médicos y científicos que iniciaron su formación en el laboratorio de Simarro y Madinaveitia: Achúcarro, Lafora, Calandre, Antonio Madinaveitia, etc.

En estos laboratorios trabajaron Luis Calandre, Carlos Elósegui, José Gay, Francisco Grande Covián, Severo Ochoa y muchos otros.

Hacia 1918 el laboratorio fue decayendo, una vez cumplida su función y habiendo sido el embrión de los magníficos laboratorios de la Residencia de Estudiantes.

La LABOR DOCENTE de Madinaveitia es, probablemente, de las tareas que realizó la que más trascendencia tuvo, sobre todo por los discípulos que continuaron la obra por él comenzada. Escribió relativamente poco; sus escritos no tuvieron gran difusión, pero su testimonio docente, recogido por numerosos e importantes discípulos, tuvo una gran proyección nacional.



Realizaba unas cuidadosas historia y exploraciones clínicas, así como necropsias para llegar a un correcto diagnóstico, exponiendo públicamente sus equivocaciones, al comparar su diagnóstico con la necropsia, si las había.

Su enseñanza era directa, inmediata y permanente, sin lecciones magistrales. Los 25 alumnos se dividían en secciones de 5 a las que se encargaba de unas camas determinadas, supervisando estos grupos García Peláez.

La obra de don Juan está claramente influenciada por las ideas de la INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA. Su relación con ella fue estrecha y cordial y fue amigo de Jaime Vera, Simarro, Sorolla y Francisco Giner.

Según señala su nieta Carmen Castro, esposa de Xabier Zubiri, no era un asiduo asistente de la Residencia de Estudiantes, pero espiritualmente y sobre todo, en su concepción de lo que debe ser la enseñanza, se le puede considerar un institucionista.

El Boletín de dicha entidad recogió en dos ocasiones su actividad: la 1.<sup>a</sup> en febrero de 1908 cuando suscribe dos acciones: la n.º 822 y la 823.

Al igual que Giner, coincide con muchos institucionalistas en la educación integral del individuo, de la mente y del cuerpo, y así comparten su amor por la naturaleza, por las excursiones, etc.

A Madinaveitia le toca vivir muy de cerca los últimos coletazos de las grandes epidemias que asolaron al país durante siglos; el tifus exantemático, fiebre tifoidea, gripe, viruela, escarlatina, difteria y tantas otras enfermedades que eran endémicas en Madrid de mucho tiempo atrás. Sus causas eran múltiples. Las casas de la ciudad eran un foco de infección; a ello habría que añadir los salarios insuficientes, los jornales inseguros y el trabajo eventual que obligan a mujer y niños a aportar un suplemento con su trabajo; el analfabetismo (67 % en 1887 en todo el país) y el alcoholismo constituyendo un terreno abonado.

Este estado de cosas lo agravaba la ignorancia del pueblo y de los responsables de la sanidad.

Lo más notable de Madinaveitia en este tema es que distingue claramente el tifus exantemático de la fiebre tifoidea en un momento en que ambos eran confundidos por muchos médicos.

En 1909, con ocasión de una epidemia de tifus, escribe duros juicios sobre las autoridades responsables de las medidas tomadas en estas epidemias.

A este propósito escribe: «La mortalidad es mayor en el exantemático, pero disminuye mucho, así como los riesgos del contagio, si se tiene a los enfermos en habitaciones amplias con los balcones abiertos y bien bañados



por el sol», e insiste sobre un tema que le parece de importancia capital: «Antes de recoger a los mendigos, hay que disponer de locales suficientes y en condiciones regulares».

A las enfermedades infecciosas dedicó don Juan un folleto y ocho artículos. En 1895 en «Diagnóstico y Tratamiento de la fiebre tifoidea» en que expone sus conclusiones sobre 200 casos recogidos de esta enfermedad, habla de los buenos resultados de los baños de agua fría.

Su actuación en el campo de las enfermedades infecciosas es reseñable: por el método científico con que aborda el problema; recoge los datos clínicos de una manera sistemática, utiliza el laboratorio y realiza las autopsias de los fallecidos. A pesar de ser escéptico respecto a los medios terapéuticos, era un defensor a ultranza de la ventilación de las salas, de la limpieza y del sol, lo que le permitió obtener tan buenos resultados en la evitación de contagios en sus salas.

De sus APORTACIONES A LA ACADEMIA MEDICO-QUIRURGICA DE MADRID llama la atención que un hombre como él, enemigo de partidos políticos, asociaciones y colegios, poco después de su llegada a Madrid, se hiciera socio de esta entidad, que por otra parte se encontraba en un momento de esplendor.

Su primera actuación tuvo lugar el 18 de febrero de 1889, y el 1 de abril del mismo año presentaba su primera comunicación a la Academia acerca de la «Curación de un caso de histerismo». Asimismo, en febrero, marzo y abril de 1890. En noviembre de 1890 se le nombra secretario de la Sección de Medicina. Prosiguen sus intervenciones en 1891 y 1892; y el 13 de diciembre de 1892 es nombrado presidente de la sección de Histología, que inauguró el 22 de diciembre presentando un caso de «Carcinoma de la parte posterior del epiplon». Continúan sus intervenciones durante los cursos de 1893 y 94, que resume así el Dr. Bravo Coronado: «resultaron muy amenas e instructivas las comunicaciones del doctor Madinaveitia sobre el Kéfir \* y sus aplicaciones; con la exposición de varios casos clínicos de catarro gástrico, intestino delgado y grueso, de carácter crónico, en que el uso del Kéfir dio unos resultados admirables».

Durante el curso 1894-95 fue nombrado miembro del jurado propuesto para un concurso de la Academia en la especialidad de gastroenterología, lo que ya, a pesar de su juventud, denota un gran prestigio.

El curso 1895-96 es el último en que aparece como miembro activo de

---

\* Reseñable la opinión de Madinaveitia sobre las propiedades del Kéfir en este momento en que su uso se ha popularizado.



la Academia. En total sus Comunicaciones a ella presentadas fueron 16; de ellas 11 sobre aparato digestivo. El tono de sus intervenciones fue generalmente polémico, y en ocasiones agresivo. Los casos presentados eran generalmente descriptivos, sin disquisiciones conceptuales y en los que destacaban las minuciosas exploraciones y la utilización de medios auxiliares de laboratorio y de estudio microscópico.

## INICIADOR DE LA GASTROENTEROLOGIA

Con Gallart-Esquerdo podemos señalar que los que iniciaron la especialidad gastroenterológica en España fueron Madinaveitia, Moreno Zancudo y Rodríguez Abaytua.

La vocación de don Juan hacia esta especialidad es temprana y a ella se refieren sus primeras publicaciones.

El *decenio* 1891-1900, es el más fructífero en cuanto a número de trabajos y publicaciones.

De sus *artículos* destacan:

Sobre Fisiología Gástrica: «Del empleo de la sonda para el diagnóstico de las enfermedades del estómago» y «Algo de Fisiología gástrica».

Sobre análisis del jugo gástrico: «Secreción constante de jugo gástrico», «Cáncer de estómago» y «Un caso de insuficiencia pilórica».

### *Libros*

En 1898 se publica el primer Vademecum de la literatura médica española bajo el título: «Vademécum diagnóstico y terapéutico». Sus autores son: Gayarre, Sandoval, Cisneros, Azúa, Simarro y Madinaveitia. Don Juan interviene concretamente en la segunda parte en la sección Enfermedades del aparato digestivo: en él es llamativa su descripción de la ascitis.

### *Comunicaciones a la Academia Médico-Quirúrgica*

De las 16 que realizó, 11 como hemos dicho antes, se referían al aparato digestivo. Tuvieron lugar entre 1890 y 1895.

El *decenio* 1901-1910 es importante, además de por el número de publicaciones, por su mayor calidad. A sus artículos hay que sumar los dos libros que publica, las reseñas críticas de libros y artículos en la Revista Clínica de Madrid y el prólogo al libro de Boas, «Enfermedades del intestino».



### *Artículos*

«Contribución al estudio de la coleditiasis, cólicos hepáticos y pericolecistitis», 1905. «Un caso de perforación intestinal sin dolor»; «Un caso de diarrea prandial»; «Quiste hidatídico supurado» y «Patogenia de la úlcera gástrica».

«Tratamiento alimenticio de la úlcera gástrica» recoge una conferencia suya pronunciada en el Instituto Rubio en 1910.

### *Crítica de libros y artículos*

Crítica de la Fisiología de Nagel. Métodos fisiológicos de Tigerstedt. Tratamiento de la úlcera crónica de Mattes. Modificaciones de la mucosa gástrica después de la separación del píloro de Amza-Jiann y Crossmann. Estudio de los tumores abdominales de Sacconaghi.

Patología General de Krehl y Marchand. Patología gastrointestinal de Mathieu y Roux. Tratamiento de las úlceras crónicas de Bauderger y otros.

### *Libros*

Durante los cursos 1907-08 y 1908-09 dio una serie de conferencias en el Hospital Provincial que posteriormente publicó en dos libros: «Fisiología patológica de la digestión y «Enfermedades del esófago y del estómago», ambos publicados en 1910. Fueron los dos únicos libros completos escritos por Madinaveitia.

### *Prólogos*

En 1903 prologó la edición española del libro de I. Boas: «Diagnóstico y tratamiento de las enfermedades del intestino».

A partir de 1910, de su obra hay que reseñar:

### *Artículos*

«Lo que el profesor Madinaveitia aconseja en los casos de hematemesis» e «Invaginaciones del cuadrante inferior derecho», que recoge una conferencia suya en el Instituto Madinaveitia.

### *Libros*

«Capítulo de Enfermedades del Peritoneo». Manual de Medicina Interna de T. Hernando y G. Marañón. Se publica la primera parte de este ma-



nual en 1915, quedando inacabado. Se trata del primer tratado enciclopédico español de medicina y supone un intento de liberarse de la servidumbre de la importación científica. Participaron en él los más prestigiosos médicos del país.

«Capítulos 4.º y 14.º de Lecciones de Patología Abdominal». Volumen que recoge las conferencias pronunciadas en un curso de Patología digestiva que se inauguró el 16 de mayo de 1921, en el que participaron lo más importantes especialistas del momento. Estos capítulos tratan los temas de «Dolores abdominales: diagnóstico diferencial» y «Apendicitis y Peritonitis».

### *Críticas y prólogos*

Crítica de los libros de Urrutia «Enfermedades del estómago» y «Litiasis biliar».

Prólogo al libro de Mogena: «La sonda duodenal».

### *Reconocimiento a la labor de don Juan Madinaveitia como gastroenterólogo*

En 1931 fue nombrado presidente de honor del I Congreso Nacional de Patología Digestiva que se celebró en Valencia. Este congreso significó en la vida médica española el reconocimiento de la especialidad y su consagración como tal.

En diciembre de 1933 se celebró el II, en Barcelona, siendo sus presidentes de honor Madinaveitia y Luis y Yagüe. En él se fundó la Sociedad Española de Patología Digestiva y *de la Nutrición*, que representó la unión de todos los que se dedicaban a esta especialidad en el país.

Son significativas las palabras de Gallart Esquerdo sobre don Juan: «Por sus méritos debe llamársele Padre de la gastroenterología española». En este sentido también escribió Marañón: «Fue Peláez un discípulo del gran Maestro don Juan Madinaveitia, creador en España no sólo de la moderna gastroenterología, sino también de la cirugía gastroenterológica... y sus discípulos recibieron el influjo de la que fue durante veinticinco años la escuela a la vez más moderna, más tradicional, que tuvo la medicina española».

### EL INSTITUTO MADINAVEITIA

A primeros de 1925 los doctores Urrutia, Mogena, Carrasco Cadenas y Juan Manuel Madinaveitia fundan un Instituto de Patología Digestiva en la calle Argumosa. Pese a no ser uno de los fundadores materiales, don Juan



fue el inspirador de la obra, tal como indica Mogená: «la idea partió de don Juan cuando llegó su amigo Urrutia a Madrid, con el fin de que éste pudiera operar en algún lugar los enfermos».

Los dos fines principales del Instituto eran el docente y el benéfico.

Los Anales del mismo se publicaron los años 1925, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33 y 34.

Don Juan sólo publicó un trabajo en ellos: «Invaginaciones del cuadrante inferior derecho».

En el Tomo I de los Anales colaboran sólo los cuatro fundadores; el II: cursos 1925-26 presenta varios nombres más: Argüelles, Cardenal, González del Campo, Goyanes, Lafora, Marañón, Pérez Ricarte, Recasens, I. Sánchez Covisa, J. Sánchez Covisa, Sanchís Banús, Torre Blanco y Luis y Yagüe.

El curso 1928-29 es el último que Urrutia va a estar en el Instituto Madinaveitia, debido a un conflicto con respecto a la cirugía entre él y Juan Manuel Madinaveitia. No cabe duda que su marcha supuso un duro golpe para don Juan y para el Instituto.

El curso 1929-30 no se publican los Anales, y el curso siguiente, 1930-31, se unifican las secciones médica y quirúrgica, quedando a cargo de Juan Manuel Madinaveitia.

El curso 1931-32 se suprimió el cursillo de cirugía digestiva por haberse proclamado la República y por la inestabilidad económica mundial que impidió la llegada de los profesores extranjeros con que se contaba.

El Instituto se disolvió al finalizar el curso 1934-35; y Juan Manuel Madinaveitia se llevó lo que quedaba de él a calle General Oráa, 15, donde siguió pasando la consulta de aparato digestivo.

En una valoración global de la labor del Instituto, escribió el doctor Gallart Esquerdo: «El Instituto Madinaveitia, prolongación de la obra hospitalaria de don Juan, en el cual sus discípulos y él mismo formaron una de las escuelas más importantes de gastroenterología, durante 11 años prestó innumerables servicios culturales y benéficos, como era de esperar dada la competencia y laboriosidad de sus iniciadores...»

La importancia de Madinaveitia no se limita a ser uno de los fundadores de la especialidad, sino también al hecho de crear una de las escuelas de aparato digestivo más pujantes que hubo en el país.

Durante la dictadura de Primo de Rivera el Instituto Madinaveitia sirvió como Escuela de Medicina, al cerrarse la Universidad.



Como publicista, junto con Azúa, Cardenal, Elizagaray, Goyanes y Ortiz de la Torre, fundaron en 1909 la «Revista Clínica de Madrid». Con este nombre circuló hasta el 22 de enero de 1916 en que se funda con el Siglo Médico llamándose la nueva revista: «El Siglo Médico. Revista Clínica Española». Por esta fusión pasó don Juan al consejo de redacción de la nueva revista, apareciendo su nombre en su cabecera hasta el número 3.511, de fecha 26 de marzo de 1921.

Fue también colaborador de la revista que editaron su hijo José y varios amigos suyos en 1921: «Archivos de Medicina, cirugía y especialidades».

Como CONCLUSION, cabe señalar que don Juan Madinaveitia fue una de las personalidades médicas más interesantes del primer tercio de siglo de este país.

La importancia de su figura tiene una doble vertiente: la referente a su actividad profesional, la que más trascendencia tuvo, el estudio de su labor médica, nos hace ver que fue autodidacta en su formación, de educación universitaria letamendiana, que al salir de la Universidad comienza a desarrollar una medicina rigurosa, incluso rígida.

Destacan en él: su antiletamendismo y afán renovador de la medicina española. Comenzó a desmontar el llamado «espíritu de los sistemas».

Su especial interés por la gastroenterología y las enfermedades infecciosas, que coincide con el nacimiento de la especialidad en España, que se puede fechar en 1891 al traducirse el libro de Ewald.

Su importancia se debe al enorme prestigio que tuvo como maestro, por la cantidad y calidad de discípulos que tuvo, por la importancia de los que entre ellos se dedicaron a la gastroenterología, destacando Urrutia, por el Instituto que con su nombre y bajo su inspiración se creó y que fue una auténtica escuela de Gastroenterología. Por lo que con Gallart Monés podemos llamarle «padre de la gastroenterología española». Como representante de la Clínica Pura, adoptó una actitud ecléctica abierta a todas las doctrinas frente a la pugna de escuelas que tuvo lugar en el último cuarto del siglo pasado. Así se sirvió del pensamiento anatómico, fisiopatológico y del etiopatológico.

En el campo de su Labor Docente es donde su figura adquiere la mayor trascendencia y proyección. Claramente influido por el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, educó durante casi 30 años a un gran número de médicos.

Respecto a su Actividad Político social fue un decidido defensor de ideas



anarquistas, sin afiliarse a ningún partido político, influyendo en sus discípulos. Pero su crítica de la sociedad burguesa contrastaba con la propia vida que llevaba, la de un ciudadano acomodado.

Su amor a la cultura y al arte fue grande. Se interesó por todas las ramas del saber, influido por el espíritu de la Institución Libre, contribuyendo probablemente en él su amigo Luis Simarro, y enriqueciéndose con el contacto de Sorolla, Juan Ramón Jiménez, Sandoval, Gayarre, Achúcarro y Marañón.

Su Amor a la Naturaleza es característica también común a los institucionistas, que él manifestó en sus excursiones a la sierra de Guadarrama, siendo uno de los introductores del esquí en España, preconizando los baños de sol y la estancia al aire libre, hasta el punto de que alguna de sus caricaturas le representaba con una sonda nasogástrica y unos esquíes.

*María Isabel Lobo Satué*  
Amigo de Número de la R.S.B.A.P.

(Una conferencia sobre este mismo tema ha sido pronunciada por el doctor Daniel Zulaica en la Policlínica de San Sebastián el 27 de febrero de 1982, con motivo de la Lección Anual Ordinaria en honor de Madinaveitia, conferencia que piensa repetir en breve en la villa de Oñate homenajeando a Don Juan, natural de ella).

*EN TORNO A LA MUERTE DE VICENTE DE LARDIZABAL,  
SOCIO DE LA CLASE DE PROFESOR MEDICO  
DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA  
DE LOS AMIGOS DEL PAIS*

Manuel Cayetano Vicente de Lardizábal es el nombre completo de uno de los 42 «Caballeritos de Azcoitia», Socio Profesor de la Clase de Medicina de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País desde su entrada en la misma el año de 1775, tal como se recoge en las Admisiones de ese año archivadas en el Fondo Prestamero de la Diputación de Alava en Vitoria, y publicadas en los Extractos de ese mismo año de 1775.

Vicente de Lardizábal, nombre habitualmente utilizado por él en todos sus escritos, tal como revela su biógrafo Juan Bautista Martí Lloret, en su Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Navarra el día 6 de marzo de 1969 y dirigida por el Profesor don Juan Antonio Paniagua Arellano, murió, efectivamente, como él mismo indica, el año de 1814.

Este mismo dato fue corroborado en la Mesa Redonda del Seminario







de Historia de la Medicina Vasca —recién creado en la Universidad de Lejona (Vizcaya) y adscrito a esta ilustre Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, bajo la dirección del Profesor don Luis Sánchez Granjel y del Dr. D. José Luis Goti Iturriaga— del pasado sábado 23 de enero de 1982, en la que participé juntamente con el Dr. don Ignacio María Barriola, el Dr. D. Juan José Goiriena (Vicerrector de la Universidad del País Vasco), Pedro Sagazola, y bajo la presidencia de don Adrián Celaya (Director de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País), actuando de moderador el Dr. D. José Luis Goti.

Aunque sobre el año en cuestión no ha existido la menor duda, sí, en cambio, ha ocurrido esto con la fecha exacta, y ello debido a la Partida de Defunción existente en la Parroquia de Alza, que reproduce fotocopiada Martí Lloret, en que se cita que murió a la edad de sesenta y ocho años, el 23 de agosto de 1814, de una calentura pútrida.

No estaban de acuerdo con ello sus herederos, pues tal como indica el propio Martí Lloret («Vicente de Lardizábal, Médico Donostiarra de la Ilustración», Imp. Excm. Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián 1970, p. 69), cuando comparecen ante el Escribano José María de Carril, en octubre de 1814, «dijeron que son mujer e hijos legítimos y herederos del referido don Vicente de Lardizábal que falleció en veintiuno de mayo del presente año bajo testamento y última voluntad que otorgó el año de 1802».

Esto nos sitúa frente a dos posibilidades diferentes; y aunque Martí Lloret se inclina firmemente por tomar como verdadera la primera fecha, apoyándose en la lógica primacía del testimonio oficial de la inscripción parroquial, tengo forzosamente que discrepar con él, basándome en mi hallazgo —con motivo de encontrarme investigando para la realización de mi Tesis Doctoral sobre «Los Médicos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País», que dirige el Prof. D. Emilio Balaguer— de su Partida de Defunción, que aquí reproduzco, donde en el Libro 2.º de Finados de la Parroquia del Antiguo en San Sebastián que comprende los años 1766 al 1819, y en su folio 117, al n.º 70, se lee lo siguiente:

«Vicente de Lardizábal.—En veinte y dos de mayo de mil ochocientos catorce se enterró D. Vicente de Lardizábal de ochenta y nueve años, marido de Manuela Ygnacia de Sein: recibió los Sacramentos menos la Extrema, no textó ni tuvo Oficios y en fe de ello firmé. Fr. Juan Echheverría. Vic.º.»

El hecho de que se le enterrara en la Parroquia del Antiguo concuerda con la fecha dada por sus herederos, como fallecido el día anterior 21 de mayo de 1814; asimismo que fuera voluntad de sus interesados de efectuarse un enterramiento en la iglesia, tal como lo tenía dispuesto en su testamento



otorgado ante el escribano Juan Bautista de Zavala, en San Sebastián, a 9 de junio de 1802.

No se cita en esta partida que su muerte fuese consecuencia de una calentura pútrida, tal como se dice en la Parroquia de Alza, pero de ello da fe el hecho, como se verá en la fotocopia adjunta, de que aparezcan en tan breve espacio de tiempo tantas defunciones seguidas, en este libro en general, y folio en particular, que denota el apresuramiento del Vicario Fr. Juan de Echeverría en transcribirlas al día y que hablan de la famosa epidemia subsiguiente a la destrucción de San Sebastián que comenzó el año anterior de 1813.

Así pues, es lógico que quedara inconclusa su gran tarea proyectada, de la publicación del Periódico de San Sebastián y Pasajes, para redactar el cual había tomado la idea de un tomo italiano titulado: «El Filósofo a la moda», en el que se propone describir la historia de la Enfermedad Pestilencial que asolaba a San Sebastián, y que queda reducido a un folleto misceláneo que sale de la imprenta de Tolosa con fecha de 27 de abril de 1814.

Un dato que abre nuevas perspectivas respecto a la Biografía de Vicente de Lardizábal, nos lo suministra esta interesante partida de defunción. Y es que en ella se cita que murió a los 89 años de edad, y no a los 68 como se decía en la de Alza.

No he logrado hasta el presente encontrar su Partida de Bautismo, pero teniendo en cuenta este dato, y suponiendo con Martí Lloret que se le impuso entre sus nombres el de Cayetano, que bien pudiera hacer referencia al Santoral del día, Vicente de Lardizábal habría nacido el 6 de agosto de 1724, lo cual está acorde por otra parte con respecto a la edad de su progenitor don Juan Bautista de Lardizábal y Jaureguiberría, que nació en Amézqueta el 23 de noviembre de 1697.

A ello también corrobora el que Vicente de Lardizábal escribiera sus dos obras médicas de mayor envergadura: «Consideraciones político-médicas sobre la salud de los navegantes», Madrid 1969; y «Consuelo de Navegantes», Madrid 1972, en una etapa más madura de su vida, como serían los 45 y 48 años respectivamente, etapa, probablemente, de plenitud profesional.

En suma ésta es mi pequeña aportación al tema, que sería de desear fuese corroborada con el hallazgo de la Partida de Bautismo de Manuel Cayetano Vicente de Lardizábal y Dubois.

*María Isabel Lobo Satué*

Amigo de Número de la R.S.B.A.P.



## EL DESAPARECIDO HOSPITAL «PIEDADIA» DE ORIO

Hace ya bastante años, en 1970, publiqué<sup>1</sup> una breve reseña sobre el *Hospital de la Piedad, en Orio*, con el subtítulo de «otro recuerdo histórico que se olvida», y que iba acompañada de una fotografía que reproducía lo que entonces quedaba de él. Conservo aún la carta del párroco de entonces en la que me escribía: «el trabajo de la Piedad, que ha escrito, merece que lo conozca el pueblo».

Pero aquéllos eran otros tiempos y hoy, según he oído, parece que se ha empezado a lamentar por algunos que no se hubiera conservado entonces aquella antigua y vieja casa, que encerraba entre sus pequeños muros la historia de muchos lamentos y soledades oriotarras. Para colaborar en lo posible a recuperar al menos su recuerdo, vayan siquiera estas mis líneas de hoy.

\* \* \*

Si el nombre de Orio se mencionaba ya por el año de 1141, con ocasión de una donación que hiciera entonces el rey navarro don García a la catedral de Pamplona, hay que esperar hasta el año de 1372 para poder documentar a la parroquia oriotarra de San Nicolás.

Aquel cristianismo debió de suavizar el egoismo nato y, en aquella época de peregrinos, de vagabundos y de pestilencias, la caridad les vino a inspirar la necesidad de construir un hospital donde se hospedaran todos cuantos precisaran de cobijo al pasar por el pueblo.

Para 1586 —y gracias a un tal Martín de Elcano, que inspeccionó el hospital aquel por orden del Papa y del Rey, que deseaban acondicionar mejor —todos los que hubiera en Guipúzcoa— hemos podido conocer algunas referencias acerca de él. En la redacción de su informe ayudaron a Martín de Elcano los oriotarras Domingo de Miranda y Juanes de Arranibar, quienes le declararon:

«...En esta dicha villa de Orio hay un hospital (y el documento, que se conserva en mal estado y roto, habla de que contaba con una hospitalera y que acogía a pobres mendigos y peregrinos)...; no tiene azienda ni bienes; algunos más de 60 ducados puestos a censo; y 5 ducados de renta por ellos al año; y la limosna que se recoge en la vglesia y mandas de las buenas gentes».

---

1. *Boletín de la R.S.V.A.P.* 1970, 477-480.



Y siguieron, luego, informando:

«La manera de su gobierno es que el dicho Consejo pone cada año un mayordomo, de los (vecinos) principales de la villa, el cual recibe y cobra la dicha renta y limosnas, y provee de leña<sup>2</sup> al hospital y de lo que más conviene».

Pero, seguramente, lo que más interesará al oriotarra de hoy —y quizá al restaurador que pudo recuperarlo hasta hace poco— es el resultado de la «visita ocular» que llevó a cabo el inspector Martín de Elcano y que dejó redactado en los siguientes términos y avalada con su firma:

«Este día<sup>3</sup>, yo, el dicho comisario, fui en persona al dicho hospital, el qual está dentro en la dicha villa, en buena parte, como es con altar cerrado de reja a la puerta<sup>4</sup>, con decencia, donde se dice Misa.

Y la casa del hospital es de razonable edificio y está proveída de camas, porque hay 19, bien proveídas».

Desde entonces las referencias al hospital —que ya se llamará «de la Piedad»— son frecuentes en los libros del archivo parroquial y, además, se conservan dos de sus libros de cuentas (desde 1691) en el archivo municipal.

A manera de ejemplo, citemos algunas de esas referencias: doña Ynés María de Osoa y Echave, que murió en 1649, dejó entre sus mandas «a la Virgen del hospital un manto»; sin embargo, las buenas de Bárbara de Eguía, a la que apodaban «Bomolo», y su hermana María, más conocida por «Pipi» (ignoramos si llevaba las calzas largas), no pudieron dejarle nada «por ser pobres». Al precer, a los oriotarras del siglo XVII les daba por poner mo-tes, pues a otra —por ejemplo— le colgaron el de «Purgatorio». ¡A saber por qué! Su marido no dijo ni pío.

Por su parte, Domingo de Alonso dejó —en 1647— seis reales para «la luminaria de Nuestra Señora del Hospital», además de una cama.

No se debe creer que en los hospitales medievales la preocupación principal fuera la de acoger a enfermos. Más bien venían a ser posadas gratuitas para mendigos en paso y para peregrinos, a quienes se ofrecía por lo menos cama y lumbre con que condimentar los duros mendrugos que guardaran en sus alforjas con añoranzas de algún breve chorizo aventurero.

Así, de los muchos peregrinos y pobres que se hubieron de alojar en

2. Como aún no había dado el amanuense con el signo de la ñ, escribió «leyna».

3. 27 de noviembre de 1586.

4. Así el recuerdo de mi visita en 1969, pues en la derecha de su portal se conservaba aún un espacio, que estaba cerrado por un «reja» de madera. Al parecer, no había sufrido cambio en cuatro siglos.





En 1969, el viejo hospital de «Piedadia» ofrecía tan triste aspecto, con tablonces que imposibilitaban su acceso.

*Piedadia* nos ha quedado al menos los nombres de algunos que tuvieron la desgracia de terminar sus días y peregrinajes en aquel hospital, como los navarros Beltrán de Iribarren, mendigo (1644) y Miguel (1652), un irlandés, de quien dijo el párroco «que no sé su nombre por no poder entender su lengoaje» (1655), otro «pobre irlandés» en 1669, a los pocos días de «un peregrino francés que decía iba a Santiago de Galicia», etc.

A veces, a la pobre mendiga que se había acogido al hospital le llegaba la hora de dar a luz y de ello también quedaba constancia en los libros, como ocurrió en la fecha del 26 de octubre de 1608, en que «se bautizó una criatura que nació en el hospital desta villa y se le puso por nombre Ysabela, y su madre dijo se llamaba Domeca de Sarrola, pobre mendicante», a quien también le ocurrían cosas de éstas, pero de cuyo padre tampoco entonces se dijo nada.

Un momento que pocas veces ha solido quedar documentado entre nosotros se vivió en el Hospital de la Piedad, en el Orio de 1656. De él dejó memoria don Domingo de Gaztañaga, párroco y, a la vez, comisario del Santo Oficio de la Inquisición, además de notario apostólico. Escribió así:



«...aviéndome llamado a administrar sacramentos, hallé un hombre mozo, que dijo llamarse Charles de Beca, francés, del lugar y parroquia de San Marcos, de edad de 20 años, enfermo y mal dispuesto.

Y, como no se pudo entender su lenguaje, truxe intérprete para su interpretación, y, averiguado por él, confesó y dixo que no era bautizado por cuanto en su lugar eran hugonotes y que sus padres eran de la misma profesión (religiosa).

Y, habiéndole dado por el dicho intérprete y declarándole la ley cristiana y su doctrina, vino a confesarla y prometió firmemente su creencia, displicencia de la pasada, con su reconocimiento, y que quería ser bautizado y ser católico, apostólico y romano...

Me pidió y requirió le administrase el sacramento del bautismo y lo demás que necesitaba. E yo, vista su conversión y promesas y lo demás que convino, le bauticé el mismo día...».

Según los libros de cuentas de aquel hospital era costumbre de los finales del siglo XVII oriotarra ofrecer en la parroquia cera y pan —que no montaban más de dos reales y un cuartillo— cuando se llevaba a enterrar en ella algún pobre desde *Piedadia*. También constan en ellos los precios que consumía el ir reponiendo el ajuar del hospital: así, una «sábana de lienzo de la tierra» costaba 15 reales, una «olla de fierro» 9 reales<sup>5</sup>, «un asiento para hacer colada» 3 reales, una herrada nueva 8 reales, «un pichel<sup>6</sup> de palo, que llaman galleta»<sup>7</sup> 4 reales y «una caldera para servicio de los pobres» 8 reales y cuartillo.

Como orientación diremos que por entonces un boyerizo cobraba 5 reales y medio como jornal, un albañil 3 reales y la mujer que trabajaba fuera de casa lo hacía por sólo 2 reales. La comida que se daba a cualquier obrero en el trabajo solía costar 3 reales, lo mismo que un pan de libra; mientras que un azumbre de sidra subía a 4 reales y el medio cuartillo o «chiqui» de vino a 30 maravedises. Por entonces la bebida se servía en «jarritos de barro»; ya lo saben los pintores y escenógrafos.

Al decir de las cuentas del siglo XVIII y cuando el hospitalero se llamaba Lorenzo de Onsain<sup>8</sup>, el hospital llegó a contar incluso con «secretas» y 19 camas, que estaban hechas con sábanas de lienzo de la tierra, cabezal y cosneo de plumón. Además poseía una huerta.

Cuando la oriotarra Francisca de Alzuru, «pobre solemne», se vino a

5. Su recomposición, a los dos años, costó todo un real.

6. Vaso alto y redondo, generalmente de estaño, algo más ancho en la base que en su boca, con una tapa engoznada en el remate del asa.

7. «Galleta que llaman en lengua vulgar, que sirve para traer sidra y agua» (*Archivo Municipal de Orío: I. Libro de Cuentas*, f. 95 v.).

8. Le sucedió Juan Bautista de Larrume.



poner enferma, el maestro cirujano de la villa le recetó «una bebida o purga que costó al mayordomo 7 reales y medio. Afortunadamente debió de resultar acertada la receta y su dispendio, pues no hemos alcanzado a ver el nombre de la pobre entre los que acabaron sus días en aquel año. Como bien se lo merece, diremos que el afortunado galeno se llamaba Joaquín Pelayo de Oñden, para gloria de sus sucesores.

Pero no fueron muchos quienes murieron en aquel hospital de Orio. Para que pueda verificarlo el lector, le ofrecemos los nombres de quienes durante un siglo —desde el año 1727— prefirieron morir allí:

Martín, quien paseaba su apodo de «Cantari» mendigando de puerta en puerta († 1734), el bilbaino Joseph de Canaria († 1738), Bernardo de Zulaica († 1745), el navarro Francisco González de Corella († 1748), Joseph de Larrañaga († 1763), no constando ninguno más hasta el mes de las flores de 1807, cuando vino a morir «de accidente en el santo hospital» el viudo de 81 añitos don Joseph Miguel de Orbelzu, y —por último— una joven donostiarra, la seguramente bella señorita Josephe de Acumbeliz, en noviembre de 1813, quizá de resultas del terror o heridas sufridas durante el saqueo y demás atrocidades que protagonizaron nuestros presuntos aliados británicos en San Sebastián.

En 1745 se reedificó el hospital de la Piedad con la madera que la villa regaló y la labor la llevó adelante el oriotarra Matías de Iruretagoyena.

Luego, aunque enfermaron el hospitalero de 1750 y su señora, fue suficiente gastar 105 reales de botica con ellos y se curaron. ¡Cualquier tiempo pasado fue mejor!

Volvió a enfermar un pobre a los cinco años de aquella curación de los hospitaleros y, nuevamente, con sólo 15 reales que se pagaron a Juan Beltrán de Uriarte, que era el boticario de Zarauz, «por una bebida que dió», se curó. Aunque —como conviene decirlo todo— se conserva también otra partida algo delatadora, del mismo año, en que se confiesan «tres reales que de gasto sufrió en dicho enfermo EN VINO que se le dió». Y, claro, a saber...

Con perdón de los médicos, boticarios y de pócimas tan acreditadas, consta un dato del año 1759 bastante revelador y que desmorona cualquier suposición que haya podido crearse el lector sobre la salubridad de la *Piedad* oriotarra.

En ese año de 1759 se pagaron 3 reales por llevar en caballería al hospital de Zarauz a un pobre inválido que estaba en el de Orio y más tarde otros 8 reales «por la conducción de quatro pobres, en caballerías, a las villas de Zarauz y Usurbil»; con lo que, al parecer, se puede sospechar que



la atención médica había llegado ya a la conclusión de que el hospital de Orio no reunía condiciones para cuidar de ciertos enfermos y éstos eran trasladados a los más próximos. Pero ello no quería decir que no se siguiera acogiendo a pobres y a enfermos, pues consta del año 1762, que se pagó una partida «para la manutención de otros cuatro pobres enfermos, que fue preciso se detuviesen en el hospital de orden de los señores patronos y cirujano».

Al hospital de *Piedadia*, empero, no sólo se iba a vivir momentos tristes; también resonaban gritos de gozo, como en 1764, cuando el hospital dio 13 reales «a una pobre que parió en dicho hospital y estuvo mala», y, a los días, otros 9 reales «que también dio a otra muger que también parió en dicho hospital y estuvo convaleciendo». Y, claro, cuando —avanzado el siglo XVIII— las justicias nacionales y provinciales se preocuparon de la atención a las mujeres de vida desordenada, el visitador del Obispado dejó mandado a los mayordomos del hospital de Orio «que se compongan dos camas y se cierre y ataje con tablas un cuarto decente, en que se puedan colocar otras dos camas para las solteras»<sup>9</sup>.

Para el año 1787 fue preciso hacer al hospital una puerta nueva y «el balaustre nuevo» de su ermita, que es como se empieza a llamar al pequeño altar que desde siempre había estado en su entrada, a mano derecha.

Durante el siglo XIX dejó de ser hospital y la devoción a la Piedad de Santa María mantuvo la ermita del bajo y se acudía a ella el último día de las rogativas mayores<sup>10</sup>. En 1886 se la describió así: «Un retablo sólo hay en ella, con un cuadro pintado, representa la Virgen al pie de la cruz, con su divino Hijo en los brazos, y no se sabe su autor; cuyo tamaño es de 1,60 metros. Una efigie de madera, en el segundo cuerpo, del Salvador, separable (0,51 metros). Las dimensiones de esta ermita son: largo 2 metros y ancho 2,40 metros».

\* \* \*

Escribimos en 1970: «la vieja ruta peregrina, que baja de San Martín a San Nicolás de Orio, pasa junto a la puerta de *Piedadia*; pero los hombres del siglo XX la han cerrado ostentosamente. Que el espíritu practicante, funcionalista, haga una excepción en el decálogo de sus principios y tengan

---

9. Cuando visitó el hospital el Juez foráneo del Arciprestazgo mayor de Guipúzcoa, en junio de 1763, ya había dejado ordenado: «que el mayordomo hospitalero no admita hombres ni mugeres. suponiendo están casados sin que antes y primero muestren al cura de esta villa la fe de casados». (*Archivo Municipal de Orio: I. Libro de Cuentas*, f. 84 v.).

10. DOMINGO IRIGOYEN, *Anuario de Eusko-Folklore* 1934, 62.



«piedad» para este recuerdo de la historia y de la caridad de un pueblo magníficamente sencillo».

Hoy, en 1982, debemos confesar que no la han tenido.

El hospital de *Piedadia*, de Orio, ya no existe.

Luis Murugarren

### NOTA SOBRE EL MATRIARCALISMO VASCO

Tras la aparición de la obrita «El matriarcalismo vasco» (Public. Univ. Deusto), se han suscitado diversas cuestiones que esperamos encuentren solución en la obra en publicación «Símbolos, mitos y arquetipos (Hermenéutica vasca)», que edita «La Gran Enciclopedia Vasca». Mas en el entreacto, quisiera disipar brevemente ciertos malentendidos actuales sobre el tema aparecidos directa o indirectamente, explícita o implícitamente.

*Matriarcalismo* no mienta «matriarcado», así que yo mismo estoy contra la idea de matriarcado vasco por considerarla excesiva e incorrecta. Ahora bien, puede hablarse de matriarcalismo vasco en el sentido de que, en comparación siempre con otras culturas precisamente adyacentes, el trasfondo cultural vasco ofrece una mayor impronta del arquetipo matriarcal-femenino. Ello resulta evidente si accedemos a la gran Mitología vasca recogida fundamentalmente por J. M. Barandiarán: en ella el arquetipo de *Mari* es central. Si en vez de estudiarlo en sí lo ponemos en comparación con otros arquetipos mitológicos, veremos enseguida su prominencia psíquico-mítica. En efecto, la mitología griega clásica indoeuropea pone al frente de su panteón no a una diosa sino a un dios (Zeus), mientras que la mitología indogermana está dirigida por los típicos héroes patriarcales (Wotan). Finalmente, el propio panteón cristiano, sobre todo protestante (pues en el catolicismo reaparece la Virgen Madre), ofrece una Trinidad masculinamente interpretada, al frente de la cual está el Dios-Padre. Al comparar la mitología vasca con las mitologías indoeuropeas y cristiana, salta a la vista una diferencia fundamental: la importancia y centración del arquetipo de la *Magna Mater* vasca Mari frente a los arquetipos del Gran Padre. La mitología vasca no se emparenta, pues, con la indoeuropea, sino que hay que recurrir a un sustrato *pre-indoeuropeo* o aborígen mediterráneo (la cultura cretense egeomícénica) para encontrar su «Sitz im Leben» o cultura correlativa. Pero también se encuentran otros paralelos, como la cultura gallega semi-celta y, asimismo, la cultura suditaliana (y en general las culturas de fondo mediterráneo). Precisamente quiero hoy referirme comparacionísticamente a la *cultura suditaliana* estudiada por Anne Parsons en *The psychoanalytic study of*



*Society* (N.Y. 1964) y en *Der Mensch und seine Kultur* (Munich 1974), y ello con el fin de ver las diferencias y semejanzas entre la psicología suditaliana y la vasca. Por lo demás, está claro que en tal comparación es capital interpretar la mentalidad mítica, y no meramente dedicarse a realizar una encuesta superficial entre un número exiguo de la población; pues de lo que aquí tratamos no es de sonsacar la psique individual o parcialmente grupal, sino la *psique colectiva*, y ésta se objetiva en creencias religiosas, proyecciones míticas y simbolizaciones arquetípicas.

Anne Parsons sitúa a los suditalianos a mitad de camino entre el *matriarcalismo* fuerte de los Trobriand de Malinowski y el *patriarcalismo* fuerte de las culturas occidentales industrializadas y protestánticas. Los suditalianos ofrecerían una estructura familiar «matriarcal» en litigio con una estructura extrafamiliar «patriarcal». En efecto, frente a la familia centrifugal occidental-industrial, la familia suditaliana es *centripetal*, considerándose desde la familia el «afuera» como negativo o «malo». En este sentido, la casa está regida por la mujer, que se proyecta positivamente sobre los hijos y, negativamente, sobre los adultos masculinos, de modo que puede afirmarse: la casa y la Iglesia están regidas por la mujer, mientras que el afuera (la calle, los clubs, los cafés) son masculinos. Ahora bien, lo que desde la casa es visto como negativo (lo masculino), se convierte en pauta de valoración fuera de la casa/familia, de modo que desde este ámbito (masculino), lo femenino —la mujer— es vista negativamente. Esta negatividad se expresa en las críticas adultas masculinas tanto de las mujeres como de la Iglesia, llegando a interpretar el matrimonio como una capitulación del hombre ante el mundo femenino (de ahí los chistes negativos sobre el matrimonio).

Tenemos, pues, que, de acuerdo con A. Parson, entre los suditalianos se da una dialéctica/ruptura entre la *casa-Iglesia femeninas*: culto a la «Madonna» como madre-virgen, y la *calle masculina*: desprecio a la mujer-esposa.

Esta dualización cubre obviamente una profunda dualización psíquica del suditaliano entre la idealización de lo matriarcal (como virginal, puro, positivo) y la degradación de lo femenino (como despreciado). Y no hace falta saber excesivo psicoanálisis para entrever en esta dualización una cierta «fijación» del hijo a la madre y lo matriarcal. En efecto, el hijo obtiene una larga relación de *dependencia* con la madre (oralidad), de modo que los valores culturales serán de signo matriarcal-femenino y serán proyectados sobre la figura de la Madonna. En *este* mundo matriarcal-femenino queda degradado tanto lo *meramente* femenino (la esposa) como lo *meramente* masculino en cuanto separado de la madre (falicismo, agresividad masculinas).

Diríamos que el universo del discurso mental suditaliano se divide algo esquizofrénicamente entre la supremacía moral/valorativa de la *Madre-Ma-*



*donna* y la rebelión o respuesta ambivalente masculina, mitad sumisa a los valores matriarcales, mitad agresiva/fálica —agresividad que encuentra su proyección en la mujer-esposa y en lo clerical. La vida funciona, así, entre el clericalismo o conservadurismo romántico *intrafamiliar* y la agresividad o falicismo (machismo) *extrafamiliar* de signo anticlerical y antifeminista. Todo ello, al parecer de A. Parsons, se genera por el trasfondo «matriarcal» suditaliano en el que la figura de la Madre es determinante de las actitudes, lo que diferencia esta sociedad de las otras sociedades patriarcales occidentales/industriales y protestánticas en las que la figura del *padre* define la estructura familiar. Mientras que en estas últimas las relaciones entre los sexos dentro de la familia son «monólogas» (el hijo se identifica con el padre, la hija con la madre), en la sociedad suditaliana y paralelas se dan unas relaciones heterogéneas: el hijo se identifica con la madre, mientras que la hija se relaciona complementariamente con el padre. De este modo, se da una especie de *confrontación* entre lo matriarcal y lo patriarcal que, si bien enriquece afectivamente la vida, la extorsiona en cuanto a la identificación de roles sexuales y sociales; pues, por poner un caso, el hijo suditaliano que no se identifica con los valores del padre, apenas si podrá asumir su papel activo/masculino de un modo efectivo, tanto en su matrimonio como en su trabajo.

Me gustaría proyectar dos brevísimas pinceladas sobre lo vasco. Para comenzar, se dan ciertas semejanzas entre lo vasco y lo suditaliano que, al tiempo que parecen correferirse a un trasfondo aborígen mediterráneo, diferencian su carácter del patriarcalismo protestántico. Así, tanto en el caso suditaliano como en el vasco, en contraposición a lo protestántico, podríamos hablar de *familia centripetal* y, a la vez, *matrifocal*. Lo que A. Parsons denomina el «complejo» suditaliano de Madonna, podríamos retraducirlo a lo vasco como el «complejo» de Mari (nombre de la Gran Diosa vasca). Tanto en una y otra cultura, frente a la protestántica, la relación madre-hijo es larga y determinante, lo que acarrea una clara *dependencia* del hijo respecto de la madre —dependencia que no hay que juzgarla necesariamente como pasiva, pues —frente al psicólogo R. Redondo— no toda dependencia oral es pasiva, sino que puede ser activa (y, en el caso vasco, lo es aún más claramente que en el suditaliano). Asimismo, puede hablarse de que tanto en lo vasco como en los suditalianos, las relaciones intrafamiliares no son «homólogas» (el hijo se identifica con el padre, la hija con la madre) sino heterogéneas (fijación del hijo a la madre). Pero, en este último punto, las diferencias empiezan a entrecruzarse. Mientras que el padre suditaliano se erige en defensor del honor/virginidad de su hija, en el caso vasco tal actitud «heroica» no comparece así, mientras que en los relatos y mitos por nosotros examinados (Barandiarán, Azkue) las relaciones vascas entre hermano y hermana son más estrechas y decisivas que entre los suditalianos. Pero, al margen de estas



connotaciones, las grandes diferencias aparecen nítidamente en la no-contratación que, frente a los suditalianos, se da en lo vasco entre lo matriarcal y lo patriarcal. No aparece en la cultura vasca el equivalente al falicismo masculinista frente a lo femenino, así como tampoco el famoso anticlericalismo suditaliano. En el caso vasco, lo matriarcal ha tamizado más armónicamente la sociedad en sus usos, costumbres y religión, de modo que no comparece la rebeldía típica suditaliana de lo patriarcal-masculino frente a lo femenino. Las mismas mujeres vascas han accedido a las «afueras» de la casa, o sea al campo, a la calle, etc. Si bien en ambos casos lo generacional priva sobre lo individual, y el romanticismo conservador ha primado tradicionalmente sobre el progresismo protestántico, en el caso vasco, como ya hemos dicho, el activismo es mucho más explícito, pues no está culpabilizado. Creemos, finalmente, que todas estas diferencias e identidades se encuentran perfectamente bien representadas en el arquetipo matriarcal por excelencia: respectivamente la Madonna suditaliana (¡y andaluza!) y Mari. Mientras que, de acuerdo al dualismo suditaliano, la Madonna representa el puro lado bueno/positivo de lo materno y virginal (la Madre pura/virgen), la *Andra Mari* (Señora Mari), vasca, que se aplica curiosamente tanto a la vieja diosa como a la virgen María, no ofrece esta pureza y virginalidad, ya que es denominada y valorada como Madre/Mujer o Mujer/Madre (en este sentido, parece aún latente en este ancestral arquetipo vasco la vieja ambivalencia o ambigüedad positivo/negativa integrada en su figura, y no disgregada entre lo matriarcal y lo femenino).

Al comparar la mitología vasca con la mitología suditaliana observamos, pues, ciertas identidades *matriarcales* frente al patriarcalismo protestántico, a la vez que ciertas diferencias. Yo definiría estas diferencias así: el matriarcalismo suditaliano es «patriarcal» o patriarcalizado, de modo que ofrece una *confrontación matriarcal-patriarcal*; el matriarcalismo vasco es de signo naturalístico, ambiguo en su arquetipo aunque no dualizado, y parece haber asumido mejor lo patriarcal-masculino, presente naturalmente en la psique vasca, pero sin la agresividad o falicismo típicamente suditalianos (de aquí que haya habido una clara internacionalización masculina de lo matriarcal-femenino en el clericalismo carlista o «matriarcalismo»).

\* \* \*

Este intento de comparación tenía una finalidad: mostrar que es perfectamente legítimo hablar de matriarcalismo vasco. Pues si, como hemos visto, es legítimo hablar de «matriarcalismo» suditaliano simplemente por su «complejo de Madonna» y la matrifocalidad de su familia, que coagula otros caracteres, mucho más obvio es hablar de matriarcalismo en la cultura vasca en la que, para ceñirnos solamente a un segmento, su mitología es clara,



explícita y absolutamente matriarcal, ya que gira en torno a Mari. Podríamos hablar absolutamente de mitología matriarcal vasca y, también, de matriarcalismo mitológico vasco. Ahora bien, este matriarcalismo mitológico no significa que sea un «mito» en el sentido negativo y despectivo de quienes ignoran la importancia y sustantividad de lo mítico, ni tampoco en el sentido de que sea un mito mío o creado por mí. No; el matriarcalismo vasco, si se quiere, es un mito pero no un mito privado o particular sino un mito colectivo: el *mito colectivo vasco*. Pues a estas alturas debería estar ya claro que una mitología popular representa, a nivel simbólico, el inconsciente cultural colectivo de un pueblo.

Permítaseme, para concluir, una aclaración final sobre el matriarcalismo, vasco o no. Hablar de matriarcalismo, vasco o no, no significa —al menos por mi parte— un intento de «mitificar» el pasado, congelarlo o almidonarlo. Todo lo contrario: significa *reganar y relanzar* el trasfondo matriarcal vasco. Dicho desde otra perspectiva: al criticar desde un hipotético matriarcalismo al patriarcalismo, no se intenta criticar/denegar lo sexual-fálico sino el falicismo agresivo (lo mismo, por cierto, que ciertos segmentos matriarcales degradados ya y asimismo fálico-agresivos o castrativos). Y ello, porque el falicismo no es sino la autorepresión de lo sexual (el falo como abstracción del pene), así como la autocastración de su implantación en lo matriarcal-femenino como origen y sentido de todo falicismo: véase al respecto nuestro «El matriarcalismo vasco». Estas aclaraciones eran necesarias para disipar ciertas reacciones a nuestro objeto. He prescindido de criticar la más obturada de las actitudes: la racionalista y positivista que, aún con peluca del siglo XVIII, intentan convencernos de que la realidad antropológica se reduce a huesos, montañas, piedras y cacharros. Mas no hay ciencia sin interpretación y, además de la realidad cósmica, coexiste una realidad psíquica, mental, simbólica o mítica mucho más importante para las actuales ciencias humanas. Mal modo de acceder a la cultura vasca es el de aquéllos que reniegan de las realidades lingüísticas, situadas a medio camino entre lo cósmico y lo lógico-conceptual; pues en la cultura vasca tradicional vale que «todo lo que tiene nombre, es». Así, pues, incluso lo que no tiene existencia (cósmica) puede *ser*: y *es* efectivamente, si efectivamente se muestra, manifiesta o comparece. De acuerdo con la etimología de la palabra «realidad» en alemán (*Wirklichkeit-Wirken*), lo real es aquello que es: quiero decir, lo que tiene efectividad —sea esta efectividad física, psíquica, simbólica, religiosa, mítica, lingüística, política o social.

Andrés Ortiz-Osés